

CÉSAR FUENTES



LOS DIAS DEL ARCO IRIS

Cuentos

PRESENTACIÓN

“Realidad fantástica” o “fantasía realista”, podemos llamar esta colección de narraciones que, después de muchos años de haber sido entregados al público en revistas regionales, llegan ahora, juntos, a presentarse en traje de fiesta. Es una definición sin pretensión de “catalogar” en dos grupos este “arcoíris” de “cuentos”, si es que los colores del arcoíris se pueden catalogar.

Cuando César presentó a mi consideración el primer cuento, por si “servía” para la revista “La Iglesia en Amazonas” (creo que luego me los fue entregando en el mismo orden en que aparecen en esta edición), me quedé gratamente impresionado por la novedad de su estilo, la fluidez de las palabras, el realismo de los personajes con sus historias y las fantasmagóricas reconstrucción del subconsciente colectivo en fábulas, la nítida reminiscencia de “tópicos” (lugares, personajes, edificios) de una ciudad que hemos visto crecer a partir de los años 70, cuando cumplía sus 50 años, desde un lugar privilegiado como podía ser el “centro” de pueblo con su plaza, la Vicaría y la catedral, el Pío XI, la Gobernación y la “Casa Amarilla” acostada a oficinas de mutante uso.

Una generación, la de César Fuentes, que vivió plenamente su juventud en el marco de un puñado de casas de puertas abiertas, cuando los jóvenes más atrevidos, al salir del teatro don Juan o de Alcalá, podían permitirse unas horas más en la plaza Bolívar tocando cuatro y llorando románticos a las estrellas, o tramando actos de rebeldía desacralizadora, robándoles la espada al severo Simón Bolívar erguido en su pedestal de la plaza.

No había televisión y la fantasía debía echarle mano a los pequeños-grandes acontecimientos de la sociedad ayacuchense, cuya identidad no acababa de consolidarse, con sus personajes para, recreándolos, hacerlos propios, comprensibles pero, al mismo tiempo, heroicos. Y en esa vida pueblerina que socializaba las noches en el solar de la casa o en la barra de alguna tasca, asumen relevancia la palabra y la copla de protagonistas fantasmagóricos, cuentacuentos, dicharacheros: en ellos la fantasía vuela libre en las dimensiones oníricas creadas por los tragos en las noches de farra, en los eternos carnavales de los fines de semana y se repite como el eco, de boca en boca, de año en año hasta cristalizar en la pluma de algún atrevido escritor enamorado de todas las mujeres bonitas de su tierra, y, principalmente, de su tierra.

Realidad fantástica descrita sin pretensiones de sugerir moralejas; simplemente por el gusto de analizarla en sus detalles, fisgoneando la intimidad de los pensamientos y sentimientos de sus personajes... y con nostalgia, porque la fantasía se alimenta de una realidad transformada por la memoria, por el deseo y la utopía juvenil.

Fantasía realista, hermana del mito que concentra los temores, los tabúes, la astucia, los saberes, la ecología de una gente que dialoga con respeto con la naturaleza, con esa selva misteriosa y mágica que los rodea como fuente de vida y de muerte.

Tal vez, al crítico sagaz, no se le escapen algunas incongruencias sintácticas o la “recreación” semántica de algunos vocablos. Me sucede a mí que no soy literato y que me he

permitido sugerir apenas algunos puntos y comas para su antigua edición en la *Iglesia en Amazonas*. Pero quiero admirar con respeto este lenguaje autóctono espejo de una ciudad que es encrucijada de culturas e idiomas, conuco sembrado de proyectos e ilusiones, cátedra de magia, religiones, saberes ancestrales...; lo respetamos y admiramos en lo que pueda decirnos y como quiera decírnoslo, para permitirnos cerrar los ojos y soñar.

P. José Bortoli

17-07-2010

CRUZ DE NAVAJAS



“¡Atención a todas las unidades, un presunto 345 en la carretera vieja del aeropuerto a Samariapo, diríjense al lugar!”. La patrulla de motorizados al oír el aviso dio la vuelta en la redoma de La Perimetral, frente a la “Concha Acústica”, enfilando hacia el lugar indicado.

Calilo se levantó de la cama al oír el alarma de un despertador cantando suavemente: “las 4:30 de la mañana, hora de su despertar”; entró al baño soñoliento con sus pies descalzos, sintiendo el frío helado del piso de cemento. Su trabajo no le daba tiempo para comprarse un par de chancletas, algún día se las compraría. Su mujer se levantó a prepararle el café que todas las mañanas se bebía. Pasada las 8 de la mañana ella lo esperaría con el desayuno. Era una rutina de más de 15 años. Se lavó la cara trigueña y redonda, con ojos negros resaltantes como dos perlas en movimiento; su cabellera rizada escurría el agua que se perdía en el lavamanos. Después de bañarse se vistió para iniciar su trabajo.

5 de la mañana, su profesión de taxista lo esperaba. Trabajaba todo el día hasta las 7 y 30 de la noche, de ahí en adelante la ciudad se tornaba peligrosa; prefería acostarse temprano, para levantarse una hora antes del alba.

Janet se miró en el espejo, su figura demacrada escondía una belleza opacada hacía tiempo; ahora luchaba contra el calendario que cada día maltrataba su rostro. La preocupación de toda mujer: los años. Pero Janet no era vieja, era una joven de 25 años que aparentaba más edad. Una vida desordenada la acababa lentamente. Se casó apenas cumplidos los 16 años, atraída por un hombre que la llevó a la perdición. No oyó consejos, tarde se vino a dar cuenta que la ilusión se torna fatal cuando se confunde con el amor. “¿Por qué no se oye consejo cuando se está joven?”, se preguntaba toda la vida. Desde hacía mucho tiempo vivía sola en una habitación alquilada, en Mons. Segundo García. Tuvo suerte que su madre le pidiera sus dos hijos para criárselos y educárselos; y ¿qué madre no lo haría, viendo la situación de un hijo? Había despertado con el alba porque tenía un apuro para ese día, una necesidad mortal, una meta que cumplir y tenía que lograrlo a como diera lugar.



Calilo encendió el motor de su “Corolla” blanco para calentarlo, unos minutos más tarde el coche salía del Sector 57 donde vivía, y se desplazaba por la avenida Perimetral. La mañana se sentía fría, con ese rocío que se posa sobre las hojas como diminutos diamantes brillando, destellando, como queriendo competir con la luz de las estrellas. Introdujo un CD del grupo “Mecano” combinando la música con el aire del carro para dar una suavidad tranquila y serena. Se observaba gente en la avenida: los que madrugaban para ir a su trabajo, otros que amanecían bebiendo y había llegado la hora de ir a dormir. A estos últimos Calilo no les hacía carrera por problemáticos y hasta peligrosos; tampoco montaba a todo el que le sacara la mano: ya eran incontables los taxistas víctimas de los atracos violentos y mortales. Prefería las damas (se comportan más humanamente) y los caballeros cuyas figuras expresan ciudadanía. Pronto amanecería y la luz del día despejaría los obstáculos de las sombras nocturnas. El amanecer... el amanecer es como si el mundo volviera a nacer, todo se ve nuevo, es como si la alegría regresara después de una gran ausencia.

Janet terminó de arreglarse, adornó sus ojos con unos lentes de contacto, dándole más brillo con un tono grisáceo: parecían dos botones grises adquiriendo vida y belleza; agregó negrura intensa a sus párpados y afinó el lápiz de ojo para darle una redondez negra, penetrante. Se diría que alguna vez había observado el divino busto de Nefertiti quedando impresionada con los ojos de la reina. Se pintó los labios de rojo carmesí con borde violáceo; los apretaba una y otra vez como queriendo adherirlo biológicamente a su piel. Una blusa blanca con un pantalón rojo, un bolso también rojo, una combinación de collares y zarcillos comprados a los buhoneros; y un par de sandalias doradas completaban su blanca figura; le dio los últimos retoques a su cabellera y salió a la calle. Eran las cinco y cuarto de la mañana.

El “Corolla” de Calilo llegó al distribuidor de la Marina. En una de las esquinas, al frente de una ferretería, una dama con una mochila en la mano le hizo señas. Calilo dio la vuelta en “U”; a medida que se acercaba la estudió bien y pensó que era factible hacerle la carrera.

– Buenos días, señor, llévame al Terminal.

– Sí, señora.

El auto enfiló nuevamente hacia la Perimetral rumbo al Terminal. Al fondo se oían las baladas de “Mecano”. Calilo la veía por el retrovisor, sus cabellos negros se bamboleaban en cada movimiento del auto sobre la superficie irregular del asfalto. Sus manos buscaban algo en el bolso negro de cuero. Por fin las manos extrajeron del bolso un lápiz labial y un espejo pequeño. Calilo apretó un poco más el acelerador.



La dama de cabellos negros se bajó en el Terminal y Calilo enrumbó otra vez por la gran avenida hacia la “Concha Acústica”, siguió por el Circuito Judicial, muchos le sacaron la mano pero no se atrevió a pararse, era temeroso y precavido. Pasó “La Redoma del Indio” agarrando la avenida “Rómulo Gallegos”. En la esquina de la farmacia “La Paz”, una dama de pantalón rojo, blusa blanca y un bolso rojo, le sacó la mano. Calilo se detuvo. Janet tomó asiento en la parte delantera, copiloto de Calilo. Dio los buenos días y pidió que la llevara hacia el aeropuerto. El Corolla regresó

por donde venía, se desvió por la avenida “La Raza”, llegó a la “Orinoco” y enrumbó hacia el aeropuerto.

5:30 de la mañana. Las calles y avenidas empezaban a colmarse de carros, las estrellas aún brillaban adornando el cielo infinito. Los ocupantes del Corolla se miraban de reojo, Janet se agarraba la cabellera, se sobaba las manos dando muestra de frío, sus labios rojos parecían temblar.

– Si quiere apago el aire

– No, señor, está bien.

Pasaron al frente de “Los Lirios”. Grupos de personas se veían caminar de un lado a otro esperando, quizás, el amanecer para hablar con el gobernador. Calilo presintió que algo no andaba bien con su pasajera. Esa cara perfilada, de nariz delgada y miradas grises parecían expresar inquietudes y desconfianza; los malos pensamientos afloraron en la mente de Calilo; “tendría algún problema, a lo mejor sentimental –pensó–, las mujeres siempre andan metidas en una”. También podría ser una trampa. La duda, la inquietud, el miedo: ¿por qué el ser humano no piensa lo bueno en momentos insospechados? ¿Por qué se tiene que pensar en lo trágico? “¿Quién será? Bueno, y a mí qué me importa, es una cliente más, he montado a pasajeros con conductas más extrañas, se irá de viaje para San Fernando o para San Carlos; de repente para Manapiare. Las avionetas salen a esta hora”, meditaba Calilo cuando Janet comenzó a hurgar dentro de su bolso.

“¿Quién será este tipo, tendrá familia? Se ve que viste bien. De todas maneras no me importa, en la vida uno no sabe con quién se topa”. El auto pasó la comandancia de policía. Fue entonces cuando Janet actuó.

– Lo siento, amigo, siga de largo para Cataniapo - una pistola 38 adornaba la mano derecha de Janet con el percutor montado; sus labios temblaron al hablar. Se acomodó de frente y su rostro lindo y tranquilo, cambió al lado oscuro del ser humano.

Calilo repentinamente se estremeció, su cuerpo se envolvió en un frío indescifrable, una saliva sólida parecía atravesar la garganta lentamente, como el niño cuando va naciendo produciendo dolor. Disminuyó la velocidad para serenarse, sus manos temblaban mientras su cara palidecía, su mente se inundó de múltiples dilemas y el lado oscuro también comenzó aparecer en sus pensamientos. Y es que el ser humano con esa rara conducta de buscar soluciones amargas, termina hundiéndose juntamente en el abismo de su victimario. Estaba dispuesto ya a no dejarse atracar.

– ¡No frenes! -gritó Janet con su rostro violento y acariciando el gatillo su pulgar sobre el percutor.

– ¿Qué quieres?

– Tu dinero y el carro.

– ¿Cómo voy a comer?

Pasaron la Redoma del aeropuerto. Le bastaba a Janet apretar el gatillo; sus manos estaban firmes, aferrando el arma como el náufrago que, en el último aliento, se encuentra con una rama en medio del tormentoso río y se aferra a ella volviendo a la vida. Calilo miró aquel rostro, decidido, resuelto a lograr lo que quería. Sin saber que ella lo había decidido cuando se levantó temprano en la madrugada. Se palpó la pierna izquierda buscando tocar bajo el asiento un largo y puntiagudo cuchillo con cache de madera donde tenía estampado su nombre.

– ¡Ponga la mano en el volante!

– ¿Adónde me lleva?

Dobló la curva rumbo a Cataniapo, en breve amanecería ya; las estrellas en el cielo despedían los últimos destellos. Janet hizo que Calilo tomara la carretera vieja que lleva a La Rumenera. Unos metros más adelante lo hizo salirse a un claro en medio de un matorral.

– Dame el dinero

– ¡Cómo te voy a dar dinero si es la primera carrera!

Calilo estalló en cólera, la rebelión violenta humana ante lo inaceptable; la respuesta violenta, respuesta negativa de la conducta, el desequilibrio emocional, la ceguera de la conciencia. Janet comprendió la verdad claramente: a esa hora no tenía dinero. ¿Y si era un avance que había trabajado toda la noche? También por su mente pasaron miles de pensamientos, en centésimas de segundo. Había cometido un error, pero no tenía opción; los taxistas eran los más fáciles de todos, incursionar en otro lugar era mortalmente peligroso. Calilo, entre tanto, aprovechó para acariciar la cacha del filoso cuchillo; estaba dispuesto, ciegamente, a dar la última batalla, si era posible, ante aquella mujer que escondía detrás de su atractiva figura la encarnación del mal.

– Elegiste mal, no tengo dinero. No puedes llevarte mi carro, no tendré otro.

– ¡Lo siento, triste día para los dos. Debo responder por un dinero hoy o perderé mi vida!

Amanecía. Ya los rayos del sol opacaban las estrellas. Calilo deseaba que alguien pasara. Nadie pasaba. Y si pasaban, ¿qué podían pensar? Que era un taxista con una chica después de una noche de farra. Además tenían vidrios ahumados y cerrados. Estaba perdido. O era él o la catira, la suerte estaba echada y la decisión, la decisión muchas veces era fatal. No se dejaría atracar.

– ¿Por qué no desaparece a quien le debe y problema resuelto?

– ¡Cállate! ¡Contaré hasta cinco o disparo si no te bajas del carro!

Aquí es donde la inteligencia emocional se conjuga con la conducta psicológica, surge entonces el instinto, el subconsciente, el bien y el mal, se actúa serenamente o violentamente, la carrera por el equilibrio o el desequilibrio emocional. Hay quienes prefieren la muerte a la vida, venderla cara a regalarla. Se piensa en todo desde el día en que se nació, la historia de la vida pasa velozmente como cuando se sueñan trazos de momentos incomprensibles, preguntas con respuestas, otras que no tienen respuestas; hierve la sangre, ésta corre como un río caudaloso que se precipita hacia el abismo; el miedo y la ira se confunden momentáneamente, el uno da paso a la otra y es entonces cuando se actúa. Janet se sumía en un tormento mental, de pensamientos y decisiones. Matar o perdonar, o dejar todo. Pero su figura quedaría grabada en la mente de aquel hombre para siempre y ya no sería igual. Su objetivo era hasta el fin. Calilo calculaba los últimos segundos de la vida, el momento en que ella apretaría el gatillo o él sacaría el cuchillo; para eso lo cargaba y debía darle uso.

– Voy a abrir la puerta para salirme.

– ¡Rápido, estoy apurada!

La pistola lo apuntaba en el costado derecho, si hubiera sido en la cabeza no habría habido esperanza. Abrió la puerta del carro amplia y violentamente a la vez que su mano izquierda extraña el cuchillo que voló hacia la mano derecha; al mismo tiempo la bala salía despedida dejando detrás de ella humo y fuego, y un estampido mortal. La bala penetró en su objetivo y el cuchillo se alojó, también mortalmente, en el pezón izquierdo de Janet. Ambos lanzaron un grito mientras se les escapaba la vida. La sangre coloreaba el auto. Janet, herida, soltó el arma, abrió la puerta y salió. Se apoyó en el auto, su cuerpo pasó de caliente a frío, el sudor de la muerte cubrió su cara. Por dentro su cuerpo se estremecía, se paralizaba, la sangre perdió el rumbo, la vista falló, no tuvo más fuerzas,

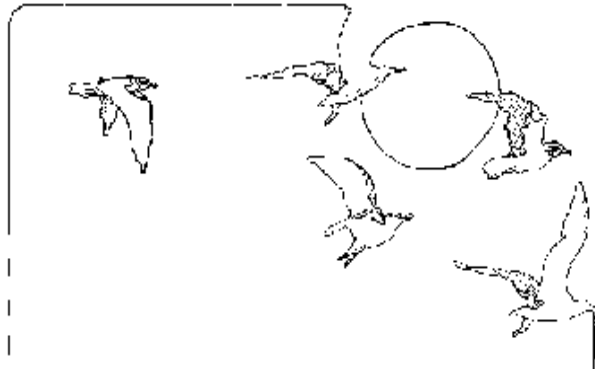
dio unos pasos delante del auto y cayó. Su última mirada fue hacia el cielo donde ya no había más estrellas, se habían ido; su vida se opacó como las estrellas.

Calilo sintió algo caliente que penetró su cuerpo, a escasa distancia la bala entró atravesando el cuerpo; los órganos internos, destrozados, se desangraron; los pulmones se desequilibraron y la sangre se desplazaba incontrolable. Quiso salir del auto, pero el volante, el dolor y la vida que se escapaba se lo impidieron, su cabeza se inclinó hacia atrás, vio como caía su atacante, quiso sonreír pero no pudo y cerró los ojos.

“Aquí grupo BAES en el lugar de los hechos 345 confirmados. Enviar ambulancia”. Llegó la patrulla. Vio la escena. Uno de ellos se acercó al auto en cuyo interior estaba Calilo y el disco compacto de “Mecano” sonando: *“Cruz de navaja por una mujer, himnos mortales despuntan el alba; sangre que tiñen de rojo el amanecer...”*



EL TORETE



El sol comenzaba a despuntar una mañana de verano de un mes de marzo de 1976. San Juan de Manapiare permanecía impasible, quieto, oyendo el trinar de las aves saludando la aurora. Una pequeña nube blanca comenzaba a desaparecer, esfumándose en el aire, esperando el invierno que aún faltaba mucho por llegar. A lo lejos, los perros ladraban ahuyentando los animales nocturnos que ya comenzaban a buscar sus madrigueras. Al huir las sombras, la tierra se llena de vida. Es como algo divino que envuelve la naturaleza. El miedo a la noche desaparece. El canto a la vida fluye como la sangre, como ríos cuyas aguas besan las orillas lánguidas, dándole vida y fuerza.

Los moradores tempraneros abrieron los ojos. Eran las seis de la mañana. Su reloj biológico no se equivocaba: la hora del café, del mingao o la yucuta caliente. En algunas casas se veía el humo salir de los fogones mañaneros. La leña ardía dibujándose de rojo intenso y, sobre el fogón, la perola con agua que pronto se teñirá de negro.

Emiliano Méndez abrió la puerta trasera de su casa. Era así todos los días del mundo. Lo hacía con religiosidad. Era uno de los que saludaba los primeros rayos del sol que, poco a poco, bañaban el verde valle cubierto de sabana y selva. Montó la pequeña perola de aluminio y, mientras hervía, se dirigió al cuarto de José Chipiaje, un niño de 10 años, que aún dormía plácidamente en su chinchorro de cumare que Emiliano le había mandado hacer con doña Rosa. Doña Rosa se lo hizo con gusto, le había agarrado cariño a ese niño piaroa que don Emiliano había adoptado para que fuera su compañero. Vino de Valle Guanay cuando aún tenía siete años, con su carita redonda y sus ojos risueños. Sus padres aceptaron con gusto que don Emiliano se lo llevara, era un amigo en quien confiaban. Joseíto movía los párpados, apoyando su cabeza sobre dos acurrucadas manitos. Estaba soñando. Soñaba que se encontraba en medio de la sabana. Anocheceía y no encontraba el camino de regreso. De pronto, de una espesura cercana, un horrible perro con cuerpo deforme y colmillos de tigre se abalanzó en busca de su presa. Joseíto corrió desesperadamente. Él delante, el perro detrás. El animal cuando lo tuvo a tiro, se lanzó sobre él y colocó sus garras en su espalda. José pegó un grito cuando dos manos le samaqueaban el cuerpecito para que se levantara.



Emiliano era un hombre fornido, catire, de barbas ralas que afeitaba cada vez que éstas salían a relucir; cojeaba de una pierna producto de los rigores de la vida. La vida para él fue siempre un abrirse paso a costa de sacrificio. Con esa idea llegó a Venezuela, de tierras lejanas. La rigurosidad de la vida lo llevó hasta tal punto de no lavar su ropa sino en contadas ocasiones. Aunque la gente decía que no la lavaba nunca. Él diría: ¿para qué?, si no tenía mujer que lo oliera. Tampoco la buscaba. Su vida era el campo. A donde ahora iría. Cuando se vino de España, vino con la idea de hacer fortuna. Y para hacer fortuna se requería sacrificio.

Emiliano y José desayunaron pan y guarapo, además de un pedazo de queso que él mismo hacía en su finca, en la sabana de Parucito. Debían partir temprano porque ese día el trabajo sería intenso. A las siete de la mañana, con todos sus macundales, partieron acompañados de Juancho y Sandalio, dos moradores a quien Emiliano contrató para que lo ayudaran ese día, pues el trabajo no sería fácil. Atravesaron el río y emprendieron una caminata de dos horas. Sabanas y arbustos desfilaban como centinelas perennes, aguantando los rigores del verano: sequía, incendios y talas. Unas desaparecían tragadas por la tierra seca y árida, luego, con las primeras gotas de lluvia emergerían reverdeciendo la pradera. Los tres hombres caminaban intercambiando algunas palabras de vez en cuando. El silencio dialogaba con el pensamiento de cada uno. De último, marchaba José pensando en que ya se estaba convirtiendo en un joven llanero, montando caballo, arriando el ganado, pegando gritos cerreros, ordeñando las vacas, levantándose temprano al son de la aurora.

Llegaron al hato “La Soledad”. Una casa de bahareque en la sabana, a unos metros de una tupida selva que ésta le había quitado a la llanura. Unas manadas de reses pastaban, mientras otras se perdían en las hectáreas de selva enmarcada en la sabana. Emiliano dio la orden de comenzar la faena. La misión era buscar a “Relámpago”, enlazarlo y llevarlo al pueblo porque su venta estaba acordada con la escuela granja del poblado. “Relámpago” serviría de comida para los internos de la escuela salesiana. A Emiliano le dolía mucho esta decisión: él había criado el toro desde pequeño, después que su madre había muerto al nacer él. Pero, últimamente, se estaba extraviando y antes de perderlo prefirió venderlo. Comenzaron a llamarlo. Emiliano siempre lo admiró por ser un torete manso, sin problema, se dejaba acariciar largamente con su amo, quien también le daba comida en la boca.

Una hora después apareció “Relámpago”, de entre la espesura. Era un toro imponente, joven y robusto. Sus cachos afilados sobresalían como dos lanzas labradas por Hermes, el forjador de la espada del divino Aquiles. Al toro se le vio extraño, como quien se encuentra sumido en la conjetura, como el que sale de un trance y se encuentra aturdido por decisiones difíciles. Su mirada vaga, perdida, fija sobre quienes lo observaban. Emiliano se bajó del caballo para acercársele. “Tenga cuidao, don Emiliano, no se le ve muy bien”, dijo Juancho observando la extraña conducta del toro. Los perros ladraban, una columna de

garzas blancas cruzaba el cielo bajo el ardiente sol; apenas una suave brisa meneaba las ramas de los árboles y las hierbas secas. A lo lejos, la serranía se alzaba como un monumento azul dibujando siluetas y trazando líneas geométricas entre el cielo y la tierra.

“Es un toro manso, no hay que tenerle miedo”, respondió Emiliano acercándosele al negro toro con el mecate en la mano derecha. Los jóvenes y el niño miraban, pero, sus ojos se llenaron de asombro cuando vieron lo que a continuación pasó: el toro de pronto se movió como un ciclón desatado, como empujado por una fuerza invisible, contra alguien que no conocía, contra un peligro al que había que hacerle frente, apuntó sus cachos afilados, bajó su gruesa cabeza y los enfiló mortalmente contra don Emiliano.

A Emiliano no le dio tiempo de esquivar la muerte. Y es que la muerte no se esquivo. Puede evitarse. Pero cuando ésta llega, el ser humano se vuelve sordo, ciego y mudo. Todavía le resonaban las palabras de Juancho, “Tenga cuidao, don Emiliano...”; no había vuelta atrás. Vio cuando el toro inclinó la cabeza, vio sus negros ojos como preguntándole “¿quién eres, por qué te me acercas así?” Aquella mole negra se le vino encima. Salió disparado, empujado con fuerza, cayó al suelo, instintivamente se llevó la mano a la ingle, vio como ésta se pintaba de rojo.

Joseíto arrió el toro mientras los otros compañeros corrieron donde el herido yacía inerte. “El toro me ha corneado, vayan a buscar ayuda, llévense a José”. No aceptó que lo llevaran en una camilla improvisada, tampoco aceptó que alguien se quedara con él. Tras la insistencia los tres se marcharon a buscar ayuda. Era la una de la tarde y el sol brillaba ardiente e implacablemente sobre la sabana de Parucito. Emiliano quedó tendido en el suelo. La sangre le salía a borbotones, un rojo intenso teñía las quemadas hierbas. La mano en vano tapaba el agujero abierto. El afilado cacho había penetrado la femoral inguinal.

Emiliano vio perderse a sus compañeros en el horizonte, la pequeña figura de Joseíto, su compañero desde que llegó a San Juan de Manapiare. Era su única familia, en un pueblo que lo recibió con esperanza. Ahora estaba tendido en medio de una inmensa sabana, lejos de España. ¿Qué estaría haciendo su familia, sus hijos, mientras él estaba tendido luchando con una sangre indetenible? Estarían disfrutando de la vida, sonriendo, pensando en él...

El dolor despertaba apretando cada vez más. Su cara se puso tensa. Los pulmones exigieron más oxígeno, las membranas de su fosa nasal se dilataban y se contraían en cada entrada de aire haciéndolo sentirse cansado. El sudor apareció en su frente, en sus mejillas, en sus pómulos blancos que ahora se tornaban rojos. Con su mano derecha se inclinó de lado, viendo la casa tan lejos, pensando si podía llegar arrastrándose. Comenzó a hacerlo. En cada esfuerzo la sangre salía más. Los ojos empezaron a dilatarse. No podía creer lo que le había pasado. ¿Qué le pasó a “Relámpago”? El toro le tenía cariño y él al toro. ¡Cuántas veces no lo acarició! ¡Cuántas veces no le dio comida con sus propias manos! Acaso él también sintió la presencia de la muerte. ¿Vio en los ojos de su amo la sentencia de muerte? Se arrastró unos metros, el dolor le venía como en punzadas eléctricas; su rostro sudoroso se arrugaba en cada punzada de dolor. La adrenalina se desataba. Recorría su cuerpo.

Inútilmente su mano tapaba la herida. El sol abrasaba ardientemente. Apenas se desplazaba unos centímetros y se tendía para apaciguar el dolor. Morir, morir, morir lejos de su tierra. Su vida toda fue una aventura más, como la que se vive a diario en el mundo. Llegó a Venezuela de polizonte en un barco mercante. Sin nada. Flaco. Sólo con esperanza. Con el correr del tiempo se relacionó con los curas y con ellos vino a terminar a San Juan de Manapiare. A ellos les debía el haber vuelto a rehacer su vida. Había progresado. No se podía quejar. Dentro unos años podía regresar a su tierra o, si no, mandar a buscar a su familia. También lo visitarían y vendrían a vivir con él en esta tierra hermosa.

Su vista comenzó a fallar, como un eclipse que momentáneamente tapa el sol. Se agarraba la frente. Se limpiaba el sudor. Su cara igualmente se tiñó de sangre. Su mano la había pintado de sangre. Su ropa dejó de ser blanca, ahora era color rojo y color tierra. Se encogió en su desespero por el dolor con las manos en la ingle. Pero, la sangre fluía. Y, poco a poco, su mundo se desvanecía. El toro había desaparecido; una paraulata cantaba y un “cristofué” respondía. Se oía el tropel del ganado espantado por algo. La brisa dejó de soplar, dejando que el sol quemara a placer. La sangre dejó de llegar con fluidez al cerebro, el cuerpo empezó a temblar, a ponerse frío, el frío de la muerte.

A lo lejos, en el horizonte, un grupo de gente se aproximaba. Era la ayuda que Emiliano mandó a buscar. Eran las cuatro de la tarde. Policías, enfermeros, un médico, el padre Sánchez y, por supuesto, Juancho y Sandalio. La comisión llegó. Emiliano estaba tendido sobre la grama verdosa. Rodeado de sangre. Blanco como el papel. Sin vida. Se había arrastrado unos cincuenta metros, tratando de llegar a la casa. El doctor lo examinó y lo declaró muerto. El padre Sánchez le rezó una oración piadosa, lo bendijo y rogó por su alma. Emiliano había muerto. Con él murieron sus esperanzas, en una tierra que le estaba sonriendo. Por un toro, que a lo mejor echó la vida al azar. Y ganó.

ENCUENTRO FÚNEBRE



Esta es la historia de Lauche, una de las tantas que le han ocurrido a lo largo de su tormentosa vida. Así es, una vida tormentosa. Bueno, para uno es tormentosa, para él no lo es: él la considera una vida de felicidad. Le da igual si trabaja o no trabaja; si come o no come un día o dos días. Eso sí, que no le falte la botella de ron, pues, entonces moriría de tristeza, de soledad, de angustia; no compartiría más con sus amigos alcohólicos quienes saben todos los cuentos de Lauche. En su aparatosa vida ha viajado por todo su estado natal: Amazonas. Y en cada pueblo al que ha llegado, ha vivido una historia, una anécdota, un drama de novela. Su rostro se ve desgastado por el tiempo y por el alcohol; una cara fina con unos labios siempre sonrientes. Muestra alegría cada vez que mira a un conocido a quien le cuenta sus chistes e historias. Todos los días, muy temprano, recorre la avenida Orinoco de Puerto Ayacucho, buscando los amigos que puedan brindarle un trago: él siempre les brinda cuando tiene.

Orgullosamente, un día, cuando su hermana lo llevó a un fundo para que le cuidara sus animales y su siembra, y se olvidara un poco de la bebida, me contó esta historia llena de realismo fantástico. El haber retrocedido al pasado por unas cuantas horas, lo sumió en una incertidumbre entre realidad y sueño.

“Amanecía una mañana de agosto. Parecía un día cualquiera, lleno del bullicio de la ciudad: los vendedores de pescado pasaban gritando; los niños lloraban, gritaban, jugaban. Después de beber una taza de café, salí a echar una ojeada al barrio donde vivía: mi barrio Cataniapo. En la madrugada había caído una ligera lluvia. Las calles permanecían húmedas y el cielo continuaba vestido de gris; las nubes se aglomeraban, dispuestas a no dejarse vencer por el sol. Me sentía como de costumbre: aburrido, lleno de inquietudes y melancolía; pensé que lo mejor sería bañarme y salir a la calle a buscar quien me brindara un trago. No tenía trabajo ni dinero, pero, para beber, siempre se consigue. Bastaba con toparme con mis viejos amigos. A ellos, generalmente, nunca les falta una botella de ron.

Cuando me estaba preparando para salir, llegó a mi casa un viejo patrón con quien había trabajado un tiempo, años antes. Aunque yo lo consideraba una rata por no pagarme bien, le hacía trabajos esporádicos, a pesar de todo. Por supuesto, como yo le salía barato, me buscaba y, como la necesidad tiene cara de perro, yo aceptaba.

– Lauche –me dijo un día, con una sonrisa en sus labios reflejada en su cara de mono –, vine a buscarte para ir a San Fernando a construir un dispensario.

Así fue como visité por primera vez San Fernando de Atabapo, una visita que resultó inolvidable. Nunca me he sentido perturbado por lo que me sucedió en Atabapo apenas tocamos puerto. Lo cierto es que el patrón me descontó dos días de salario, porque apenas llegué, según él, me perdí. Yo, por mi parte, lo acusé de haberme abandonado en ese lapso de tiempo. Efectivamente, a la madrugada siguiente, el patrón, a quien todos conocíamos como “Tambilú”, me fue a buscar junto con otros trabajadores que también viajarían a San Fernando. Toda la mañana estuvimos cargando el bongo de materiales, en el puerto de Samariapo. Después del mediodía emprendimos la marcha pensando que llegaríamos de noche, tal como sucedió.

Eran las ocho de la noche cuando avistamos las luces de Amanavén, pueblo colombiano que queda al frente de San Fernando, cuyo reflejo nocturno se apreciaba en el firmamento. A las nueve entramos en aguas del Atabapo. San Fernando parecía una gran ciudad de punta a punta. Entramos en su puerto lleno de bongos y barcazas de todos los tamaños. Una vez en tierra, “Tambilú” dejó a dos marineros cuidando nuestro bongo mientras a nosotros nos fue a alojar a un barrio llamado Maracoa. Caminamos en grupo por una calle de cemento, doblamos en una esquina donde funciona la Prefectura, para agarrar otra calle, esta vez de tierra. Caminábamos alegres con deseos de bañarnos y salir nuevamente a la rumba. Digo nuevamente, porque en el trayecto íbamos bebiendo, de tal manera que llegamos a San Fernando bajo los efectos del alcohol o del licor, como tú quieras llamarlo. La gente nos veía con curiosidad, no era la primera vez que algunos de mis compañeros llegaban a San Fernando, varios de ellos volvía a su pueblo, por eso recibían el saludo de quienes nos veían pasar. “Tambilú”, por su parte, era archiconocido por sus frecuentes viajes a San Fernando.

Cuando llegamos, había fiesta por todas partes. El patrón me informó que los viernes y sábados, la gente inventa cualquier pretexto para poner una fiesta; “incluso, me dijo, hay quienes celebran su cumpleaños dos veces al año”. Las fiestas más comunes son los velorios de santo, una costumbre que hasta ahora no logro entender, una tradición contradictoria; no sé quién la inventó: lloran y le rezan al santo y luego se ponen a bailar y a beber. Aquí me enteré que ni a los santos se respeta. Sin embargo, durante los meses que viví en San Fernando terminó gustándome esta clase de fiesta.

Una vez cumplido con las necesidades del cuerpo, decidimos dar una vuelta por el pueblo. Mis compañeros me invitaron a un barrio llamado “La Punta” donde precisamente se celebraba un velorio de santo, para completar; llegamos cuando estaban rezando.

Aproveché para pedirle al santo que guiara mis pasos en las horas difíciles e iluminara a mi patrón para que no me quedara debiendo. Lo sucedido a mi pobre espíritu no sé si fue obra del santo. Terminada la fiesta, por pelea entre los asistentes, tuve que irme solo por una calle larga y estrecha; mis compañeros desaparecieron en medio del tumulto y la gritería. La madrugada estaba fría; al fondo, hacia el oeste, se oía el murmullo suave del Atabapo y el Guaviare que, como agarrándose de la mano, se precipitaban en el caudaloso Orinoco. En zig-zag, caminaba oyendo el alboroto de la gente, a lo lejos. La noche me arrojaba con su sombra. La brisa caía sobre mi cuerpo bañándome de frío.

A pesar de estar un poco mareado por la fiesta, me sentía cabalmente consciente. Aun así, me pareció ver pasar cerca de mí a unos hombres con sombreros de alas anchas, con largos machetes o peinillas colgando de sus cinturas. Llevaban fusiles antiguos sobres sus hombros, iban vestidos de blanco. No me miraron. Consulté mi viejo reloj “cassio”: me señalaba las tres de la mañana. No les di importancia a aquellos hombres de rostros rudos, parecían rígidos y decididos a cumplir una misión. Al llegar a la plaza me sentí desconcertado y confuso. Estaba completamente seguro que la plaza no tenía baranda cuando llegamos, además tenía piso de cemento. Ahora se presentaba a mis ojos de manera diferente. No había luz en ninguna parte. Pensé que no era raro, pues, en los pueblos pequeños la planta se apaga para ahorrar combustible. En ese instante me vi perdido en un pueblo tan pequeño. En ese momento juré dejar la bebida, me estaba haciendo perder el sentido de la orientación. Di dos vueltas a una manzana guiándome por lo que, supuestamente, era la Prefectura, buscando la calle por donde habíamos pasado para ir a Maracoa. Decidí, en mi embriaguez, dar una última vuelta o, de lo contrario, sentarme en la plaza a esperar a que amaneciera.

Seguí caminando tranquilamente cuando, de entre las sombras, vi que alguien se acercaba. Al tenerme cerca me saludó amablemente.

– ¿Qué hubo, amigo, qué hace tan tarde por aquí?
– Disculpe señor, pero me he perdido. Es la primera vez que vengo a San Fernando, llegamos a un lugar llamado Maracoa y ahora no sé dónde queda.
– ¡Ah!, eso... –me respondió, a la vez que sacaba del bolsillo de su camisa un par de cigarrillos ofreciéndome uno –. Sí, eso queda a dos cuadras de aquí. ¿Tiene usted fósforo? Pero no se preocupe, le invito a tomarnos unas cervezas en mi casa, si le apetece, no queda lejos, luego lo mandaré a llevar a su casa.

Caminamos por una calle de tierra en dirección al río, doblamos a la derecha saliendo otra vez a la plaza. Su casa quedaba justo al frente, en una esquina, detrás quedaba el río. Sacó un mazo de llaves de su bolsillo para abrir un grueso candado. Apenas entramos llamó a alguien, me imagino que un criado. Apareció soñoliento como si un resorte lo hubiera levantado del lugar donde dormía. Mi anfitrión era un señor elegante, vestido de traje oscuro, con bigotes negros y un sombrero del mismo color. En su rostro pálido asomaban huellas de preocupación.

– Siéntese, amigo –me enseñó una silla de madera pulida, pintada de vino tinto. No me preguntó mi nombre, ni yo por el suyo –: ésta es mi casa.

La silla donde me senté era un juego de fina madera labrada, la completaba una mesa como de metro y medio, cuya altura daba al ras de la rodilla; la sala era amplia, adornada con cuadros y pinturas, vitrinas que contenían fusiles y revólveres, sables y espadas, lanzas muy bien conservadas. En los rincones había vasijas con exóticos dibujos, descansando sobre esquineros de madera; mesas adornadas con paños tejidos sosteniendo portarretratos donde se podían observar distintos personajes. En la pared que daba a mi espalda, colgaban machetes y peinillas bastante parecidos a los que había visto cargar, momentos antes, a aquellos caballeros vestidos de blanco. Todo lo que vi en la sala eran objetos antiguos, hasta una plancha de mano, rellena de carbón y que se calienta con el fuego.

– Destapa dos cervezas para el señor y para mí – ordenó al sirviente que lo miraba con temor.

– ¿Es usted un coleccionista, señor? –le dije, mirando fijamente esa cara rígida y autoritaria–. Prefiere usted alumbrarse con lámpara y no con bombillos...

No me respondió. En ese instante entró el sirviente con dos vasos de cerveza en una bandeja. Después de brindar y desearnos salud, me preguntó:

– ¿Qué vino a buscar a San Fernando, amigo?

–Vine con mi patrón a construir un dispensario– le contesté.

– ¿Quién es su patrón?

– “Tambilú”. ¿Usted no conoce a “Tambilú”? Aquí todo el mundo lo conoce.

– Pues, no lo conozco.

Los gallos comenzaron a cantar; pensé en la llegada del amanecer.

– ¿A qué se dedica usted? – preguntó nuevamente, ofreciéndome otro cigarro.

– De todo un poco.

– Le ofrezco trabajo por dos días. Le pagaré bien, luego podrá usted cumplir con su patrón, “Tambilú”.

Al principio me negué, pero su amabilidad me hizo sucumbir; además me parecía mejor patrón que la rata de “Tambilú”. Ordenó acomodarme una habitación, cuya cama individual estaba tendida con una sábana blanca; al lado, una mesa con una pequeña tinaja llena de agua, un candelabro con dos velas encendidas. Calculé las cinco de la mañana cuando me acosté en aquel pequeño cuarto y, cerrando los ojos, me dormí entre candilejas.

Me desperté muy entrada la mañana. Desde el cuarto oía el trajín en la casa. Me sentí aliviado, completamente lúcido en plena posesión de mis facultades. Lo primero que hice fue pensar en “Tambilú” y mis compañeros, luego en mi anfitrión, aquel señor desconocido que me había invitado a su casa, brindado unas cervezas, ofrecido un trabajo y un cuarto para dormir porque era muy peligroso andar en medio de la oscuridad. De pronto me vino una idea a la cabeza: buscar a mi patrón para informarle que me había salido un trabajo extra y mal no me quedarían unos reales de más. Con esa idea arreglé mi arrugada ropa, me pasé la mano por la cabeza y, sigilosamente, abrí la puerta para salir. En la sala no había nadie, se oía el cuchicheo en la cocina o comedor. Asomándome, di los buenos días. En una

mesa larga, cubierta con un mantel plateado, estaban sentados unos señores acompañando a mi anfitrión, acomodado sobre un sillón en uno de los extremos. Había tres personas, cuyos semblantes daban la impresión de estar velando un muerto. Fijaron sus ojos en mí: sus miradas parecían contemplar un objeto en el horizonte, como quien trata de ver en las sombras una silueta desconocida.

Aquel ambiente de misterio me hizo dudar de si estaba en mis cabales; esos personajes, por un momento, me hicieron sentir miedo pero cuando ya estaba dudando de mí mismo, la voz de mi amigo me sacó de mis temores.

– Buenos días, amigo, espero que haya dormido bien. Siéntese a tomar una taza de chocolate al lado de estos caballeros.

Antes de sentarme pedí ir al baño para asearme y lavarme la cara, a lo cual el sirviente accedió rápidamente. Me condujo a un amplio corredor donde había unos poncherones con agua; el fondo daba al patio en cuyos bordes, resguardados bajo techo de palmas, estaban depositados grandes bultos. Le pregunté al sirviente qué cosas eran y me dijo que eran caucho y balatá. Regresé y me senté al lado de aquellos caballeros de aspecto macilento, parecían autómatas oyendo hablar al amo de la casa. Éste, por su parte, no me presentó a sus invitados. Como es lógico, no busqué la manera de entablar conversación con aquellos señores. Una vez bebida mi taza de chocolate con pan y mantequilla, mi nuevo patrón me indicó el oficio que debía hacer: techar con el sirviente de cara pálida, dos piezas ubicadas en el patio de la casa, para almacenar mercancía.

En el transcurso de esos dos días, trabajé afanosamente ayudado por el sirviente que resultó llamarse Bonifacio. Éste nunca llamó al dueño de la casa por su nombre: se refería a él como a su “patrón”. El trabajo me quitó todo interés en buscar a Tambilú y a los demás compañeros. En las horas de almuerzo y cena, me ponían buena comida, comida hecha por una señora que entraba y salía sin pronunciar palabra. A aquellos caballeros no los volví a ver más. A la casa entraban y salían gente a toda hora del día, hablaban con el jefe para luego marcharse a toda prisa. Durante el desayuno del segundo día de mi estadía en la casa, Bonifacio se acercó a su patrón para anunciarle una visita:

–Luciano López y compañía están aquí.

– Bueno, díles que pasen.

Los hombres que entraron eran los mismos que había visto la madrugada cuando perdí el camino de regreso a casa. Saludaron al patrón con respeto casi divino informándole el haber cumplido con su misión. Por lo que pude oír, habían acompañado a unos señores a sembrar plátanos. El patrón los invitó a sentarse, eran cinco, se quitaron el sombrero y tomaron asiento. Me saludaron escuálidamente mientras colocaban sus sombreros sobre la mesa. Parecían cansados, agotados luego de haber caminado un largo trecho. El patrón les preguntó si había habido problemas, respondiendo éstos negativamente; “aunque nunca falta un resabiao, patrón”, dijo el que supuse era el jefe. No pude oír más, en ese instante el patrón me envió a comprar unos clavos.

Salí a la calle deseoso de ver a alguno de mis compañeros y enviarle un mensaje a mi patrón “Tambilú”. Una vez que puse un pie fuera de la casa mi asombro no tuvo límites y, aún hoy día, no logro concebir en mi mente una explicación.

El San Fernando que vi era totalmente diferente. Le eché la culpa, en ese momento, a mi excesiva bebedera de alcohol. “Llegué alucinado, anteanoche”, pensé; “el alcohol me volvió loco”. Las casas eran de bahareque y techos de palma, las calles eran de tierra, la plaza no tenía la longitud simétrica necesaria, había calles que se perdían entre montes. Me dirigí a un viejo negocio que quedaba al frente a comprar los clavos. Aproveché para preguntarles a algunos clientes si no conocían a Tambilú. Respuesta negativa, nadie lo conocía. Observé el trajín de la gente: muchos caminaban cabizbajos, silenciosos. Eché una mirada al puerto: éste permanecía igual, lleno de bongos, viajeros cargando y descargando. Sumido en la incertidumbre y la duda, regresé nuevamente al trabajo, deseoso de terminar rápido para salir a buscar a mi patrón y mis compañeros.

En la casa aún se encontraban aquellos hombres cuyo semblante dibujaba el arte poco envidiable de la violencia. En mi corta ausencia, se habían unido tres o cuatro más. Pasé de largo a continuar con mi trabajo. En plena faena, el patrón salió con ellos al patio a ver la mercancía depositada en los pequeños galpones de palma. Hablaban de negocio y se referían a muchos personajes del pueblo sobre cuestiones de las cuales yo no entendía nada. Sólo recuerdo que cuando se estaban despidiendo, el patrón se dirigió al tal Luciano López:

– Luciano, vaya con “Avispa” y otros más y busquen a “Tranca”, Antonio Díaz, Pascual Orozco y a Machado; y llévenlos a sembrar plátano y cambur.

– Cuente con eso, patrón, que esta misma tarde, al caer el sol, los llevaremos – respondió el tal Luciano López.

Lo que no comprendí era cómo iban a sembrar plátanos de noche.

A las seis de la tarde, cuando el sol expiraba en el horizonte, le informé a mi misterioso patrón que el trabajo ya estaba terminado. Me felicitó con su amabilidad de siempre y me dijo:

– Échese usted un baño y cámbiese de ropa: en su habitación le mandé a dejar una muda de ropa. Después que cenemos –continuó– le pagaré su salario y nos tomaremos unas cervezas de despedida.

Así fue. Después de cenar el patrón me dio un sobre cerrado conteniendo mi paga. Palpé y sentí que dentro del sobre venían unas monedas. Nos pusimos a beber y hablar hasta entrada la madrugada. Hablamos de muchas cosas, desde los gustos por la comida, hasta las formas de gobierno. Él me hablaba de Juan Vicente Gómez y yo le hablaba de mi presidente. Unas veces hablaba mal de Gómez, otras veces hablaba bien. De la misma forma lo hacía yo, de mi presidente. Así estuvimos hasta que cantaron los gallos.

– Amigo, acuéstese y en la mañana se va – me dijo.

Efectivamente, me fui a acostar. Apenas me acosté quedé rendido, hasta que un frío infernal me despertó. Busqué la sábana para arrojarme y no la encontré. Abrí bien los ojos y para mayor sorpresa no estaba en la habitación. Giré la cabeza para todos los lados y al percatarme de mi situación, mis ojos no daban crédito a lo que veía. ¡Estaba en un

cementerio! ¡Me di cuenta que estaba durmiendo sobre una tumba! Ya se veía la claridad del día. Miré el letrero de la cruz y pude leer: “Tomás Funes”.

Salí a toda prisa de ese cementerio, me arreglé la ropa y me pasé la mano por la cabeza para averiguar si la tenía puesta. Metí la mano en el bolsillo del pantalón y toqué un sobre. Lo abrí y dentro encontré cinco morocotas de oro. Con la mano en el bolsillo me fui silbando por la calle...”

"¡Aah...! Oiga esta historia que me sucedió en Maroa..."



LA LAGUNA



Romualdo oyó el cantar de los gallos. Con el primer canto sabía que eran casi las cuatro de la mañana; se estiró en su chinchorro de cumare para despojarse de la flojera, bostezó largamente mientras sus ojos escudriñaban la oscuridad de su casa. Se levantó sentándose en la orilla del chinchorro, se pasó las manos por la cabeza y la cara. Luego buscó la linterna que siempre tenía debajo del chinchorro, alumbró hacia el techo para observar con claridad la habitación. El techo de palma vieja y negruzca parecía un cielo tejido de arruga. Su mujer aún dormía en otro chinchorro con su pequeña hija de dos años. Se dirigió a la cocina. En la sala de la casa yacían sus otros hijos sumidos en el placentero descanso de los sueños. Ya en la cocina encendió una lámpara ennegrecida por el humo y el tiempo. Con un pedazo de periódico viejo atizó el fogón para hacer café. Afuera los gallos dejaron de cantar momentáneamente esperando el lento despuntar del alba.

Romualdo bajó al río que quedaba a unos cuarenta metros de su casa para echarse un zambullón; acostumbra bañarse a las cinco de la mañana pero ese día era especial, planeado desde hacía mucho tiempo. Muchos años atrás Romualdo había llegado del Guainía para radicarse en el Casiquiare, abundante en cacería y peces de toda clase. Romualdo, veterano de la caza y de la pesca, había llegado con su mujer y cinco hijos: tres varones ya adolescentes y dos hembras menores. Hoy en día hace frecuentes viajes a Solano y a San Carlos de Río Negro para vender sus productos de la caza y la pesca. Compra lo necesario para su sustento, luego regresa nuevamente a su paraíso natural.

Después de bañarse regresó a colar el café. Se sirvió en su viejo pocillo de peltre, seguidamente se sentó en un banco de madera con forma de tigre a preparar sus macundales de pesca y caza. Los gallos cantaron nuevamente como los azulejos cuando sienten el rocío de la mañana. Al cabo de unos minutos Romualdo oyó lo que precisamente era la causa de su temprano despertar; a lo lejos, otro tipo de canto, diferente, no tan hermosos como el de los gallos, pero que, igualmente, anunciaba la llegada del alba. Era un canto gutural y ronco: ¡Huum! ¡huum! ¡Huum! Era el canto de los paujés.



“Sí, deben ser muchos”, pensó Romualdo, “suficientes para comer y vender”. Hacía semanas que oía su canto hasta que decidió planear el día para salir a la caza de los paujés. Preparó rápidamente la escopeta calibre 16, acomodó los cartuchos en una caja; veinte cartuchos y cinco con municiones gruesas que Romualdo conocía como “guáimaro”. Se colocó su linterna, la que son especiales para llevar en la frente, agarró su morral, sus implementos y, antes de salir afuera, fue a echar un último vistazo a su familia dormida aún placenteramente. Quiso llevarse a su hijo mayor, pero prefirió dejarlo para que fuera a pescar en la mañana. Los perros, ladrando, lo acompañaron hasta el puerto, deseosos de irse con su amo. Con frecuencia se llevaba dos o tres perros cuando iba de caza. Sin embargo, consideró que este día debía llevarse solamente a “Propela” de acompañante. Casi nunca cazaba, sino que se dedicaba a dar vueltas en el monte ladrando a lagartijas y otras alimañas, menos a las lapas, a los picures o a los báquiros. El cariñoso cuadrúpedo se embarcó en la curiara moviendo la cola, despidiéndose de sus compañeros con unos latidos burlescos hacia ellos, porque de verdad iba a emprender una gran aventura. La pequeña curiara se alejó lentamente de la orilla. Atrás quedaba la casa de cuya cocina aún salía el humo del fogón. Cuando su familia se levantara, en la mañana, entenderían de su despertar mañanero para ir a la caza de los paujés.

Romualdo remó más o menos con celeridad, pues debía guiarse por el canto de las codiciadas aves. Remó por el extremo izquierdo del río, remontando por espacio de media hora. Hacía un frío terrible... Se colocó una vieja chaqueta que un militar, amigo de él, le había regalado hacía tiempo. El Casiquiare es frío en invierno, principalmente en las madrugadas cuando las neblinas cubren los gigantescos árboles y se posan sobre las aguas. Calculó las cinco de la mañana cuando se adentró en un caño que se encontraba no muy lejos del río Pasiva. En la proa iba “Propela”, cual valiente vigilante y guía con su boca abierta y su lengua afuera, como riéndose de su amo viéndolo morir de frío. Romualdo bajó el ritmo del canaleta para oír mejor el canto de su presa. Tal como lo dedujo, por su experiencia, iba por el camino correcto; las aves se encontraban caño adentro, no muy lejos de la orilla donde había abundantes árboles frutales: las aves estaban donde había comida. Era la primera vez que se adentraba en el caño desde que llegó a vivir en el Casiquiare. Conocía todos los lugares del portentoso río menos el caño Cotúa donde se encontraba. Aún no se había preguntado el por qué, y eso que quedaba cerca del sitio donde vivía. Su amigo Yarumare, que vivía a un día a canaleta desde su casa, lo frecuentaba; así como otros habitantes del Casiquiare. Yarumare le contaba sobre la abundancia de cacería en el bondadoso tributario del Casiquiare. Sin embargo, Romualdo prefería sus lugares predilectos especialmente el río Pasiva y sus afluentes, y los innumerables caños que abundan en el Casiquiare.

Romualdo y Yarumare frecuentemente salían a cazar juntos compartiendo la abundancia, la escasez y hasta las sorpresas de la selva virgen. Cada año en el mes de marzo, se celebran

las fiestas patronales de El Porvenir, pequeño poblado a orilla del Casiquiare, justo al frente del legendario Kurimacare. Son devotos y creyentes por lo que cada año se ponen de acuerdo para ir a cazar en compañía de sus hijos mayores. Reúnen cacería y peces en cantidad para cumplir con las promesas al santo patrono. Pero las fiestas aún están lejos y ya habrá tiempo de pensar en eso.

A medida que avanzaba, con su potente linterna de frente alumbraba las riberas del caño cuyas aguas eran negras como el café que se había bebido antes de partir. Vio algunas lapas merodear por las orillas. Sintió deseos de dispararles, pero pensó en los paujés. Pensó en el gran sancocho que le prepararía su mujer en la casa, acompañado de yuca, ñame, batata, casabe pajoso y ají molido. Por supuesto, "Propela" y sus compañeros no podrían comer los huesos de estas aves, pues morirían en un lapso de tiempo muy corto: los huesos de los paujés son letales para el estómago de los perros.

El canaleta rompía el agua con suavidad. La curiara avanzaba lentamente. El caño se hacía cada vez más angosto. Las plantas acuáticas, de abundantes follajes, extendían sus ramas hacia el medio del caño como queriendo cerrarle el paso a los intrusos. De vez en cuando el chapoteo de los peces interrumpía la tranquilidad de las aguas; quizás, huyendo de sus depredadores, saltaban sobre la superficie del agua buscando salvación. Romualdo oía atentamente el canto de los paujés; por intervalo de tiempo se callaban y luego volvían. El canto de los paujés tiene una particularidad muy curiosa, propia de la naturaleza: su canto lejano significa que están cerca, si el canto se oye como si estuviera cerca quiere decir que las aves están a una distancia bastante larga o lejana. Romualdo oyó el canto y concluyó que estaban cerca. No era la primera vez que iba a la caza de las negras aves con copete rizado. Las cazaba en otros lugares acompañado de sus hijos mayores o cuando salía con Yarumare.

En cierta ocasión, andando los dos juntos de cacería, les sucedió un hecho curioso motivo por el cual estuvieron un largo tiempo sin salir de sus casas y comentando con todo el mundo la aventura que les tocó vivir. Fueron a cazar a un pequeño afluente del Casiquiare llamado Durotumoni. Después de dejar la curiara en un recodo del caño se internaron en el monte, en la tupida selva. Caminaron largo rato acompañados de los perros cazadores hasta llegar a una especie de rastrojo donde encontraron huellas y señales dejados por otros aventureros: seguramente trabajadores del caucho, cuando en Europa había aquella gran guerra. Había utensilios viejos y oxidados. Además, observaron algo curioso: unas ropas desgastadas por el tiempo guindando sobre una cuerda también desgastadas. ¿Por qué los dueños no habían recogido sus ropas? Fue la pregunta que se hicieron. Al lado, una troja de barro y un fogón viejo con unas piedras que sostenían una palangana encarbonada. Yarumare la observó cubierta de hongos por dentro, suponiendo que los comensales no habían terminado de comerse toda la comida, prefiriendo dejársela a los insectos y hongos. Se pusieron a cortar hierbas, ramas, bejucos y arbustos para ver qué tantas otras cosas había en el lugar. Encontraron zapatos carcomidos por los años, más ropas desgastadas, utensilios

de labranzas oxidados, chancletas, pocillos viejos regados y semienterrados en la tierra, galones, latas de galletas “nabisco” y muchas cosas más. Se preguntaron nuevamente por qué habían abandonado todo aquello. Por alguna causa aquellos desconocidos habían abandonado precipitadamente aquel lugar, dejando ropas recién lavadas y tendidas en la cuerda. Se sentaron sobre un tronco de árbol grueso, podrido por los años y cubiertos de hongos. Prepararon yucuta mientras los perros merodeaban por los alrededores. Comentaron lo del rastrojo, acordaron llevarse los utensilios recuperables: palas, machetes, picos, rastrillos, entre otros. La mañana avanzó hasta entrar el mediodía. Romualdo y Yarumare destaparon latas de sardinas, las revolviaron con mañoco y se pusieron a comer. Terminaron su almuerzo con un yucutazo, la comida típica de los cazadores del río Negro y el Guainía cuando andan en su faena: rápida y sencilla. Se internaron más en la espesa selva. Todo parecía normal cuando, de pronto, los perros comenzaron a inquietarse. Estaban echados descansando, se levantaron de golpe poniendo su cabeza en alerta. Los dos cazadores se dieron cuenta del comportamiento de los canes y acomodaron sus escopetas para ponerla a tiro. Podía ser una danta o una lapa que se acercaba, o un picure o, también, podría ser un tigre. Seguidamente se oyó un trueno a lo lejos, anunciando una tormenta. Los perros comenzaron a gemir olfateando el ambiente. Por un momento los cazadores, de pie, se quedaron quietos, en silencio, tratando que sus oídos captaran lo que sus ojos no podían ver. Efectivamente, oyeron una brisa fuerte haciendo crujir las ramas de los árboles. El cielo rápidamente se nubló. Los perros ladraban frenéticamente y corrían en todas direcciones. También ellos estaban confundidos. Al momento de oírse el trueno, comenzar la brisa y ladrar los perros, oyeron algo que los estremeció haciéndoles sentir miedo. Un miedo inquietante y electrizante, porque se dieron cuenta que se dirigían hacia ellos unos aullidos penetrantes y desgarradores; no eran humanos, tampoco eran propios de monos araguatos porque los hubieran reconocido. Los perros, ladrando, se internaron en la espesura. Los cazadores, oyendo aquellos ruidos desconocidos acercándose, acompañados de ventarrones y vientos, optaron por huir y buscar refugio. Se abrieron paso entre la maleza y los bejucos con el machete, oyendo los perros ladrar y otras veces aullar. Los misteriosos gritos no cesaban. Corrían entre raíces y troncos podridos. Los ventarrones adquirieron tildes de chubasco, las ramas de los árboles se bamboleaban agitadamente sobre ellos. En plena carrera desesperada observaron un gigantesco árbol caído. Rápidamente cortaron ramas y arbustos y se metieron debajo del tronco tapándose con las ramas y los arbustos cortados. Aquellos seres y sus aullidos pronto llegaron. Venían sobre los árboles, brincando como los monos. Los perros corrían buscando a sus dueños.

Romualdo y Yarumare observaron lo que nunca en su vida habían visto: ¡unos seres horribles! Temblando de miedo comenzaron a rezar en silencio y a implorar a los santos, principalmente al santo a quien siempre le cumplían promesa. Sus desorbitados ojos vieron aquellos animales desconocidos, si era posible llamarlos animales. Sus cabezas parecían humanas; tenían extremidades largas moviéndose sobre los árboles como ágiles monos. Eran todos cubiertos de pelos, ojos redondos y grandes; sus pómulos sobresalían para descender en unas delgadas mejillas. Pero, lo que más les causaba escalofrío, era la boca de

aquellos seres: ¡grandes y cubiertas de dientes puntiagudos! Decenas volaban por los árboles con sus inmensos aullidos. Lo que vieron a continuación les heló la sangre. Mientras los perros ladraban y aullaban, una bandada de aquellos seres se abalanzaron sobre ellos. Fueron atrapados, subidos a las copas de los árboles y devorados en un instante. Parecía que, a su paso, todo lo arrasaban. Luego, como vinieron, así se fueron, con sus gritos, perdiéndose en la inmensidad de la selva. Todo sucedió repentinamente. El chubasco cesó y las negras nubes se despejaron. Los dos amigos, presa del pánico, no se atrevieron a abandonar su refugio. Esperaron una hora, dos horas, hasta que decidieron salir bajo los efectos del cansancio y el sudor. La normalidad regresó a la virgen y misteriosa selva. De los cuatro perros uno solo sobrevivió milagrosamente. Aún con el miedo embargándolos por dentro, emprendieron un veloz regreso al lugar donde habían dejado la curiara. En el recorrido de regreso vieron restos humanos esparcidos, semienterrados entre el barro y las hojas podridas. Fue entonces cuando comprendieron lo que les había sucedido a aquellos aventureros del rastrojo: no tuvieron la suerte de sobrevivir en su huida. ¿Quiénes eran? Nunca lo supieron. Unos de tantos trabajadores del caucho en aquellas décadas de los años treinta y cuarenta.

Algunos pescadores, navegando por el Casiquiare, observaron una curiara a la deriva y un perro que ladraba en la proa; en el estribo iban tendidos sus ocupantes. Se acercaron y los reconocieron; estaban bajo los efectos de la fiebre y del delirio. Comprendieron que algo les había sucedido. Los llevaron a Solano, caserío donde pasaron varios días bajo shock y hablando cosas raras. El médico que acudió a examinarlos no encontró explicación alguna a sus dolencias, no tenían gripe, no era paludismo y optó por recomendar su traslado a Puerto Ayacucho. Sus familiares sí sabían. El comentario se difundió entre ellos. “Comieron frío antes de irse pa’l monte”, decían los más viejos, “y, claro, se les aparecieron los Mawari”. Los familiares acudieron a los brujos y chamanes quienes, a través de rezos e invocaciones, hicieron volver a la normalidad a los dos cazadores. Después de varios días contaron lo que les había sucedido.

Avanzando lentamente en su curiara, Romualdo recordaba los consejos de su mujer: “Romualdo deja de ta’ cazando y pescando tanto, descansa unos cuantos días, un día de éstos te va a pasá un chasco, mira que los animales tienen su dueño”. Pero Romualdo perdió el miedo después que los chamanes lo ensalmaron, le rezaron y le explicaron los misterios de la selva. Tuvo que aprenderse unas oraciones de memoria para cuando se encontrara nuevamente en situaciones de apuro. “Todo por comé frío ante de salí pa’l monte”, pensó Romualdo. A través de la verde espesura veíase la claridad del alba como una corona resplandeciente posándose sobre la infinita selva. La linterna en la frente, como un ojo gigante, buscaba el lugar donde dejar la curiara. La recostó en un barranco cubierto de gruesas raíces. El primero en salir velozmente, como un valiente guerrero lanzado a la batalla, fue precisamente “Propela”, de una vez ladrando, posiblemente para infundir temor entre los habitantes de la selva. Después de asegurar la curiara entre unas raíces, Romualdo comenzó a abrirse paso siguiendo el canto de los paujés. Pronto dejarían de cantar una vez

que los rayos del sol iluminaran la alfombra verde de la espesura. Los pajaritos revoloteaban sobre las ramas de los árboles saludando la mañana, los araguatos lanzaban sus desgarradores gritos, la blanca neblina se veía posada sobre los centenarios árboles perfumándola con rocío mañanero. A cada paso que daba el cazador iba dejando una marca con el machete en un árbol o, si no, quebraba una rama para asegurarse el camino de regreso, aunque la veteranía de Romualdo no ameritaba tan necesarias señales. Pero, uno nunca sabe... Cuando veía un árbol gigantesco escribía sus iniciales por si llegara a perderse: el grupo de rescate vería su nombre. No escribía su apellido “Yavico” porque no se acordaba cómo se escribía: si era con B larga o V pequeña; si era con Y o con LL. Aunque su maestra Josefa se lo había enseñado, a él se le había olvidado. Y es que Romualdo había estudiado hasta tercer grado en la escuela de Maroa. A veces recordaba algunos de sus maestros: Joaquín Escobar, Justo Macuribana, entre otros. Su papá lo retiró para que lo ayudara en los quehaceres y mantenciones del hogar. Así fue como aprendió a cazar y a pescar. La primera vez que sacó un pez sintió una gran emoción: fue tanto su regocijo que se sintió un niño privilegiado, recibiendo las felicitaciones y la sonrisa de su padre. Esa noche no durmió, esperando el día siguiente para ir nuevamente a pescar. Sintió obsesión por la pesca, lloraba cuando no lo querían llevar. Los días de descanso del papá era un fastidio para él. Se iba a la orilla del río en las tardes a lanzar sus guarales, quedándose hasta muy tarde pescando, oyendo el murmullo del agua y esperando el templón del material en su mano. Ya adolescente, su papá le enseñó a manejar la escopeta así como a preparar el cartucho con la pólvora y municiones. También le gustó este deporte. ¿A quién no? Así se convirtió en un cazador. Por supuesto nunca se le olvidaron los consejos de su padre sobre los cuidados que debía tener cuando saliera de caza.

Los paujjes dejaron de cantar. “Propela” a cada momento regresaba con la lengua afuera de tanto ladrar, arañar correr y escudriñar sin descanso en la maleza, sin ningún resultado. Mientras tanto Romualdo siguió internándose más y más sin ver ni oír a los pájaros. Ya había transcurrido media hora desde que se había alejado de la orilla del caño. Siguió abriéndose paso hasta sentarse sobre un árbol caído, dirigiendo su mirada hacia las copas de los árboles, escudriñando sus ramas que se movían con la brisa de la mañana. “Ya habrán emprendido el vuelo”, pensó Romualdo; “se fueron para otro comedero”. Puso la escopeta sobre una de sus piernas apuntando hacia arriba, con el índice en el gatillo y el pulgar en el seguro. Estuvo mirando, oyendo, pensando largo rato; se dio la idea de que había perdido el viaje. Llegó demasiado tarde: los paujjes apenas amanece emprenden el vuelo, casi nunca comen donde duermen. Cuando estuvo a punto de decidir el regreso para cazar otra presa, oyó: “¡Huum! ¡Huum! ¡Huum!”. El canto parecía rodearlo. Se encontró desorientado, no sabía de dónde venía, parecía estar en todas partes. “Propela”, que había llegado a su lado, comenzó a gemir, tal es la naturaleza del perro: ve lo que uno no ve, oye lo que uno no oye, presiente lo malo, lo inexplicable. Romualdo no se inmutó. Apartó el miedo. “Uno nunca debe tener miedo cuando se sale a cazar”, le decía su padre; “uno está dispuesto a encontrarse con lo que sea”. Los pájaros no se veían. Siguió caminando unos cuantos metros oyendo el canto de los paujjes. ¡De repente le pareció oír uno solo! Estiró la mirada

viendo a escasos treinta metros un claro en medio de la selva. Se abrió paso con el machete. Aunque no era un machete, era una peinilla que le había cambiado a un colombiano por una lapa. Estaba tan afilado que los arbustos se desprendían de un solo zarpazo metálico, cortado por el afilado acero. ¡Por fin llegó! Lo que vio, por un instante lo dejó perplejo, desconcertado; luego. . . pasmad: ante él se abría una laguna, un pequeño lago de unos cincuenta metros de diámetro. Una laguna rodeada por la selva, seguramente alimentada por riachuelos subterráneos; de aguas negras y fantasmales, negras como las aguas del Guainía, el Atabapo, el Pasiva: total y desconcertantemente quieta, sin movimiento, sin ondulaciones. Hojas secas lucían estáticas en su superficie. Inmóvil, donde estaba parado, el asombro de Romualdo dio paso al terror: ¡de aquella laguna tenebrosa salía el canto de los paujés! Supo inmediatamente que había caído en una trampa: ¡era una Laguna encantada!

Pero, no sólo eso. Sus ojos negros, desorbitados por el asombro, observaron alrededor de la Laguna: barrancos y, a continuación, orillas planas la caracterizaban. Sobre ellas: ¡Huesos! ¡Todo tipo de huesos! Inclusive, huesos humanos: osamentas, pelvis, extremidades y otros restos. “Propela” empezó a dar brincos y ladridos y, aullando, corrió a través de la espesura. Romualdo, saliendo de su asombro, dio media vuelta emprendiendo la apresurada marcha de regreso, caminando lo más rápido posible, con el espanto reflejado en su pálido rostro. En su desenfrenada carrera tropezó con una raíz cayendo al suelo; su arma se disparó como lanzando un grito seco de auxilio, los árboles recogieron la estampida y devolvieron el sonido por los aires, perdiéndose en la verde inmensidad. El dolor en su pie derecho se reflejó aún más en su rostro. Levantándose rápidamente continuó con su huida; más adelante, unas gallinetas asustadas, lanzando sonidos guturales, volaron repentinamente infundiendo más terror en el espíritu desconcertado de Romualdo. Una rama seca estuvo a punto de caerle encima; se hizo a un lado cubriéndose detrás de un árbol. Con el pie adolorido siguió lanzando peinillazos para abrirse camino; las señales que había dejado a su paso, desaparecieron. Sus ojos las buscaban inútilmente. Sólo árboles, morichales, enredaderas, raíces... nada. Nada de las señales. ¡Estaba perdido! El canto de los paujés se dejó de oír. Ahora sólo había silencio, el silencio mortal de la selva donde miles de ojos ven sin ser vistos; donde la muerte está al acecho, sobre todo para aquellos que pierden el equilibrio emocional en situaciones desesperadas, tal como era el caso Romualdo. Caminando entre troncos y raíces vio un nombre grabado en un árbol, se acercó para ver mejor. Sorpresa. ¡No era su nombre! “Yaniva”, un cazador llamado Yaniva había pasado por ahí. Se sentó al pie de un árbol para sacar el cartucho disparado de su escopeta y meter otro. Le introdujo uno de los “guáimaras”, lo puso a tiro con manos temblorosas, seguidamente se puso de pie para seguir caminando apresuradamente.

Anduvo largo rato hasta que vio en la espesura una claridad, se abrió paso rápidamente pensando en el caño que significaba su salvación, sin importar si encontraba o no la curiara. Su ilusión se vino al suelo al encontrarse nuevamente con...¡la Laguna! Su ánimo se desmoronó como castillo de arena. Romualdo se sintió desfallecer. Veía la Laguna negra, redonda, quieta como una entrada al infierno, a lo desconocido, a la muerte. Nuevamente

dio media vuelta buscando el camino de regreso. “Propela” apareció detrás de él pareciendo querer compartir la suerte de su amo, gemía porque no podía ayudarlo; también estaba desorientado, influido por el maleficio de la Laguna. En su trayecto por la selva otros nombres aparecieron escritos en los árboles: Yacame, Luciano, Yavaricure, Yaniva. Todos habían seguido el mismo trayecto. Romualdo pensó lo que tenía que pensar: los huesos eran precisamente los de ellos. ¡Estaba perdido! Las oraciones comenzaron a florecer en sus labios temblorosos, invocó a todos los santos, las promesas que debía cumplir si llegaba sano y salvo a su curiara y a su casa. Pensó en su familia mientras caminaba dificultosamente. Su frente sudaba frío, las gotas de sudor resbalaban envolviéndole la cara. Levantó su brazo izquierdo para secarse con su camisa de manga larga. Al hacerlo, sintió que el suelo se hundía a sus pies. Efectivamente, había caído en una de las tantas cuevas o madrigueras de animales. Su pierna derecha volvía a sufrir otra herida. Con dificultad logró salir del hoyo para continuar, pero se detuvo un momento a descansar. A su lado “Propela”, su fiel compañero, exhausto, con la lengua afuera, con hambre al igual que su amo lo miraba con ojos tristes, le pasaba la lengua por sus pies tratando de darle ánimo como invitándolo a seguir. Siguió su camino incierto, desesperado por encontrar el lugar donde había dejado la curiara. No le importaba si estaba o no la curiara, o si llegaba a otro lugar del caño; con su peinilla cortaría palos de boya para hacer una balsa y regresar a su hogar. Descansaría unos días, al llegar, semanas o quizás meses, pagar las promesas y salir del trance por lo que había pasado. El dolor en el pie y la pierna le hacían cojear un poco, se detenía de vez en cuando para echar una ojeada a su alrededor. Ningún indicio del caño, ninguna señal del camino por donde había pasado por primera vez. Por la posición del sol calculó el mediodía. Perdió el sentido de la orientación.



Romualdo comenzó a vagar por la intrincada selva acompañado de su perro. Las cortaderas, las espinas, las enredaderas empezaron a arañarle los brazos y los antebrazos rasgándole la camisa. Exhausto, se sentó a descansar sobre un tronco acabado por las termitas. Colocó sus dos manos sobre la frente meditando su situación; las oraciones que le habían enseñado los chamanes no le sirvieron de nada. Sus nervios estaban a punto de estallar. Aún en su desesperación se levantó para continuar; no supo por cuanto tiempo, pero estalló en llanto cuando en su intento por escapar de aquel infierno volvió a llegar... ¡a la Laguna! Jadeante, destrozados sus nervios, angustiado, intentó nuevamente el regreso... Bandadas de loros y guacamayas chillaron estrepitosamente al ver a un intruso abrirse paso en la selva huyendo de la muerte que lo alcanzaba, como el condenado que trata de evadir inútilmente a su verdugo. En su andar lastimoso soltó la mochila, quedándose con la escopeta y la peinilla; antes colocó en su bolsillo cinco cartuchos.

Llegó la tarde y el sol iniciaba la última curva para descender en el horizonte. La noche llegaría en dos horas. En la espesura la noche llega prematuramente. A las cinco de la tarde ya es de noche en la selva húmeda del Casiquiare. Romualdo ya cansado, sin ánimo, su cuerpo lacerado por los matorrales y bejucos, su pierna cojeante y sus pies adoloridos, se asomó a otro claro de la selva que vio desde lejos. Ahí estaba: latente, inmóvil... ¡la Laguna! Un escalofrío recorrió su cuerpo al oír aquel canto maldito: “¡Huum! ¡Huum! ¡Huum!”. Unas aves chillonas se alborotaron de golpe estremeciéndolo aún más de miedo. Resbaló por un barranco y, dando varias vueltas, fue a dar a la orilla... de la Laguna. Su escopeta y su peinilla quedaron dispersas. Entre raíces y troncos su cuerpo sufrió graves heridas. En vano trató de subir pero no pudo. Su destino estaba sellado. Tirado en el suelo sus ojos se fijaron en la Laguna. No tardó mucho tiempo, unos diez minutos quizás, cuando Romualdo vio con ojos de asombro, como del centro de la Laguna comenzaron a emanar ondulaciones. Salían pequeñas burbujas, haciéndose cada vez más grandes; el agua entera se agitaba lentamente en remolinos. En el centro de la Laguna salían grandes borbotones como si una fuerza, desde abajo, impulsara un manantial hacia arriba. Romualdo entró en shock, sabía lo que era. Comenzó a gritar y a delirar. El sudor frío invadió su cuerpo sin poder hacer nada. Al instante, en medio de aquella tormenta acuática, Romualdo vio lo que se imaginó: ¡del agua salía una inmensa serpiente! ¡Su tamaño era descomunal! Sobre su cabeza una especie de cresta rojiza. Aquel animal abrió su boca luciendo una lengua negra y larga, dos colmillos colgando, lanzando al mismo tiempo la exhalación mortal de los reptiles. Seguidamente Romualdo perdió el conocimiento y eso fue una bendición para él. La gigantesca Serpiente se le acercó lentamente. Lo sujetó con sus mandíbulas. Lo lanzó unos metros hacia arriba y, antes de que cayera al suelo, lo atrapó envolviéndolo con la mitad de su cuerpo, mientras la otra mitad permanecía en el agua. Los huesos de Romualdo

traquearon. La serpiente arrastró su presa al medio de la Laguna y lo depositó lentamente en su boca.

Arriba, en el barranco, “Propela” lanzó unos aullidos de dolor y tristeza. Luego dio media vuelta y se internó sin rumbo en medio de la selva, lejos de su hogar.

GRITO EN LA SELVA



Me llamo Joao do Nascimento, tengo 75 años. En 1945 fui raptado por los que la gente conocía entonces como “guaharibos”, los yanomami, en las riberas del Cahuaburí, en Brasil. Viví muchísimos años con quienes me raptaron, alegrías y aventuras; pero, lo que te voy a narrar nunca se me ha olvidado y no lo olvidaré jamás. No sé en qué año fue porque en la selva la fecha carece de importancia, prácticamente no existe. Pero, calculo que fue por los años 50 o 51. Te narraré lo que a continuación vi y viví, ese año.

–Mira *napë*, el sol está sobre nosotros –Taoriwë, mirando hacia arriba, me señaló el sol–; mañana el sol brillará más hasta ocultarse. Al día siguiente cuando esté en este mismo lugar saldremos de cacería, aprovecharemos para enseñarte un cerro, arriba de ese cerro mora el espíritu de Periboriwë.

–¿Quién es Periporiwë?

–Cuando estemos allá, sabrás quién es.

El día indicado se emprendió la marcha, dejando a las mujeres y niños con los guerreros seleccionados por Taoriwë; Poirowë se quedó al frente. Seguimos un camino que conducía al *shapono* de los Hakaretheri, quienes estaban cerca; aconsejé a Taoriwë para que no se hiciera el héroe; que, en vez de buscar pelea, buscara la manera de hacer alianza con ellos. Luego de un día de camino llegamos cerca del *shapono*. Taoriwë envió a dos guerreros a anunciar nuestra visita, entre tanto los demás adornaron su cabeza con plumas y algodón; se pintaron de rojo y negro y revisaron el estado de las flechas. La supervivencia es la ley de la selva: si los Hakaretheri se mostraban hostiles, había que luchar con ellos. El vencedor siempre persigue al que huye, darle caza es un trofeo. Los mensajeros volvieron diciendo que los Hakaretheri aceptaban la invitación. La reunión terminó tarde luego de una ceremonia de shamanismo con inhalación de yopo.

Al día siguiente me acerqué al fogón de Taoriwë donde calentaba una pierna de lapa y asaba un plátano.

–¿Cuándo nos vamos Taoriwë?

–Mañana nos iremos de caza y enseñaremos el lugar donde mora Periporiwë. Alégrate, no todos los ven, sólo los valientes los ven. Nadie sube ese cerro, sólo nosotros lo haremos.

–¿Los veremos?

–De lejos, sin que nos vean o estaríamos perdidos.

–¿Son varios?

–Sí, pero actúan como uno.

Me acosté pensando en qué sería.

Iniciamos nuestro viaje muy temprano en la mañana, en columna ordenada. El cerro quedaba lejos; en cada atardecer nos deteníamos para acampar y comer. Cayendo el anochecer del primer día se apareció Poirowë para unirse a la expedición después de haber dejado a otro compañero encargado del shapono. Una vez colgados nuestros chinchorros, nos dispusimos a descansar al calor de un fogón. El fuego alumbraba los chinchorros unos encima de otros: unos altos y otros bajos. Parecíamos murciélagos gigantes meciéndonos en el aire. Los animales nocturnos comenzaron su concierto. Entre conversaciones y susurros la noche avanzó. En la selva la noche comienza temprano de tal manera que a las ocho o nueve ya la hora es avanzada. Sin embargo, esa noche no iba a ser normal. En medio de la quietud se oyó un canto. Parecía el canto de un ave. Los yanomami conocen la selva desde hace miles de años, saben lo que existe y lo que no existe; ven lo que nosotros no vemos. De eso me di cuenta cuando este sonido los sobresaltó de una forma, quizás, horrorosa. Yo también jamás lo había oído en tantos años de andar con ellos en la selva: era un canto demasiado seco, raro, seguido de una brisa que meneó las ramas de los árboles; sus hojas, al sonar, producían un estruendo provocando temor. El sobresalto fue total. Maneiwë y los demás chamanes que andaban con nosotros descifraron el misterioso canto. Un canto casi infernal... y un aletear como de murciélago gigante.

–¿Qué fue eso?

–¡Hagan silencio! Es el canto de Okarima anunciando la muerte– sentenció Maneiwë.

–Si es un animal peligroso debemos apagar la candela –dije, sobresaltado por el miedo sin saber qué cosa era.

–Nosotros no dormimos sin la candela –puntualizó Poirowë.

La brisa cesó. Todo movimiento cesó, incluso el canto de los grillos. Aquel animal misterioso volvió a despedir su electrizante rugido. Pero, había algo más: no se oían pisadas ni el sonido de ramas y hojas que alertaran de algo moviéndose de un lugar a otro.

–Es Hokarima –confirmó Taoriwë; –mora bajo tierra, cada cierto tiempo sale a la superficie a cazar. Hay animales que habitan bajo tierra, además de las lombrices, animales grandes y horrorosos que tú no has visto ni puedes imaginar y quizás no verás jamás. Asimismo, hay muchos animales en el monte: unos los podemos ver y otros no. Estos últimos sólo los ven nuestros chamanes cuando consumen una hoja que les enseñan los espíritus.



En este mundo nuestro moran muchos espíritus; cada cosa tiene su dueño; los espíritus se manifiestan de diversas maneras, unas malas y otras buenas...

No se volvió a oír más nada. La noche siguió su curso y amaneció un nuevo día; las predicciones de Maneiwë sobre la muerte parecían haber fallado. Sin embargo, la tranquilidad y la alegría mañanera no era más que una trampa.

Se preparó un grupo de guerreros para salir a explorar, no sin antes oír los consejos de los chamanes que insistían en el peligro.

–Tengan cuidado; Hokarima habrá venido del fondo de la tierra y puede llevarse a uno de ustedes.

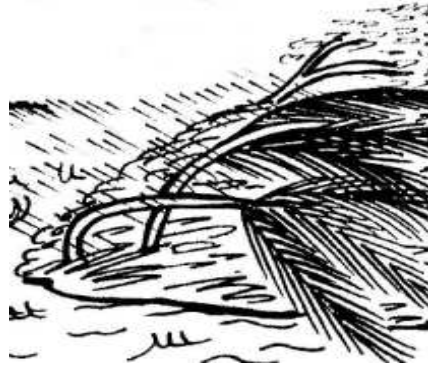
Partieron. Ocho guerreros armados y pintados se fueron abriendo camino. Mientras reinaba una normalidad aparente, los piapocos cantaban alegremente, el hermoso silbido de un ave cruzaba la selva, las marimondas también ahogaban la selva con sus gritos como si estuvieran en una gran batalla. Bordeamos el cerro de unos mil metros de altura, cubierto de una blanca neblina. Mi piel, teñida de rojo-onoto, comenzaba a resentirse por el frío. Seguíamos el camino que iba abriendo Hashowë. Pozos de agua aparecieron entre matas de palmeras y moriches; raíces rojas sobresalían sobre la superficie acuosa de la tierra. Estábamos entrando en un morichal pantanoso. Caminábamos conversando y oyendo cuentos de tiempos lejanos. Fue en ese momento, cuando sorteábamos los pozos de agua, que el ambiente natural fue interrumpido por un grito de dolor. Desde la avanzada de la columna de guerreros llegaron exclamaciones de desesperación. Corrimos todos hacia allá. Nunca olvidaré los rostros de Hashowë y sus compañeros: venían hacia nosotros presos de terror, como si en ese momento estuvieran viendo el rostro de la muerte. Y así como una jauría hambrienta corre hacia su presa, sin importarle nada, pasaron en estampida sin dar explicación alguna:

–¡Hokarima! ¡Hokarima! ¡Hokarima! –alcanzó a gritar el último de ellos –Se ha llevado a Rashowë y Mashuri.

Oyendo los gritos de parte y parte, con el arco bien empuñado, corrí hacia donde estaban Rashowë y Mashuli saltando charcos y raíces. Aquel rugido misterioso de la noche se dejó oír nuevament. Y así como la jabalina se clava en la tierra después de ser lanzada y trazar un arco en el aire, así quedé yo paralizado de miedo al oír aquel canto horripilante. Poirowë, gritando detrás de mí para que regresara, también se había detenido en seco. Me repuse. Viendo un árbol caído me fui hacia él y trepé por su parte inclinada para ver lo que sucedía. ¡Lo que vi me provocó un escalofrío paralizante! La escena era de pesadilla. A unos veinte metros, en medio de agua y barro, un animal inmenso se revolvía, se revolcaba. ¡Una especie de gusano gigante! ¡Inmenso! Volteado con el abdomen hacia arriba tenía atrapados a Rashowë y Mashuri silenciados ya por la muerte. Cubiertos de sangre, aquel animal los sujetaba con cientos de tentáculos que succionaban y se los tragaba como una

sola boca. Todo sucedió en cuestión de minutos. Poco a poco el ser deforme, salido de aquel pozo de agua de unos treinta metros de diámetro, se fue hundiendo lentamente llevándose a mis compañeros quienes, antes de morir, habían clavado sus flechas en el enorme cuerpo carnívoro.

El espectáculo me dejó paralizado. Por un instante llegué a entrever a Poirowë: estaba lívido, sus labios temblaban y sus ojos parecían buscar una explicación perdida. Salimos de nuestro estupor viéndonos rodeados de charcos por todas partes. El miedo, el terror me hacía ver el animal en todas partes. Me bajé despacio y, así como el meteoro es arrojado por el fuego en su alocado viaje por el espacio, junto con Poirowë emprendimos una veloz carrera arrojados por el horror. En cada pozo de agua que veíamos en nuestra carrera, nos parecía ver la muerte. Un pájaro salió volando repentinamente y lanzamos un grito inconsciente. Finalmente llegamos donde estaban nuestros compañeros. ¡Nos habían abandonado!



Anduvimos varios días solos por la selva. Nuestros compañeros habían desaparecido sin dejar rastro. Era su mundo y, en momento de peligro, sabían desaparecer sin dejar señal alguna. Cazábamos para comer y, al llegar la noche, dormíamos sobre los árboles, lo más alto posible. Varios días pasaron hasta encontrarlos. Por supuesto el fantasma del gusano gigante no me abandonaba. Mas otra cosa se interponía en mi mente: quería saber quién era Periporiwë.

Continuamos durante dos días hasta que llegamos al cerro señalado por Taoriwë. Por la posición del sol, calculé que era pasado el mediodía. Taoriwë y Maneiwë dieron las indicaciones necesarias y nos amonestaron con las precauciones que debíamos tomar. Descansamos una hora, al cabo de la cual comenzamos a escalar el cerro; la ruta y la suerte hacia Periporiwë estaban echadas. Poco a poco íbamos subiendo, sujetándonos de las ramas y las rocas. Cada hora nos deteníamos a descansar. Al llegar la tarde decidimos acampar para llegar a la cima al día siguiente.

–¿Qué clase de animal es Periporiwë –pregunté en la sombra de la noche.

–Yo tampoco lo he visto nunca, esta vez lo veré –dijo Taoriwë–. Según cuenta mi padre, ahora en el mundo de los espíritus, una vez se llevó a uno de sus compañeros cuando vinieron a verlo. Son sabios y solo hablan con nuestros *hekura*, nuestros chamanes; pero, estos tienen que ser bastante preparados o iniciados. Nosotros no podemos hablarles, aquí nadie está preparado para ello; tampoco debemos dejarnos ver o nunca más volveremos.

Al llegar a la cima me impresioné de tantas bellezas: un hermoso lago rodeado de selva tupida. Nos detuvimos sobre una laja desde donde divisamos todo el paisaje.

Transcurrieron dos días sin que Periporiwë apareciera; por supuesto, comencé a dudar de que existiera. Nos dedicamos a recorrer los alrededores del lago no sin cierto temor. Era tan hermoso el lugar que el miedo desapareció y así como aquel niño que se deja llevar por la emoción despertando en su interior la algarabía, así me dediqué a brincar de un lugar a otro del cerro, entre árboles y piedras macizas. Al llegar las últimas horas de la tarde, nos recogimos nuevamente en nuestra choza. Karetimi bajó al lago a llenar las totumas de agua y luego nos sentamos a comer paujé y plátano asados. Aún faltaba como una hora para el anochecer cuando comenzó el espectáculo más inolvidable de mi vida. Al otro extremo del lugar donde estábamos, comenzó a oírse un ruido; ruido raro y extraño, como un zumbido, pero muy diferente al del animal que se había llevado a dos de nuestros guerreros. Aún así sentí miedo extremo. Al escuchar el ruido nos tiramos al suelo y nos cubrimos con ramas para no ser vistos; en la orilla de enfrente había unas enormes piedras rodeadas de árboles: de esas piedras cubiertas de hojas era de donde salía el ruido. El miedo nos invadió. Mi deseo, y creo que también el de mis compañeros, era el de salir en estampida. Pero eso podía ser fatal y esto nos obligaba a permanecer sembrados en la tierra, sin saber qué cosa era aquello; el ruido se hizo cada vez más fuerte y luego comenzó a bajar de nivel. Fue cesando y a continuación las ramas se movieron, se movieron con fuerza, como si un viento las sacudiera. La sorpresa nos invadió, nos llenó aún más de temor. Inclusive, Paushimi, Poirowë y Karëtimi temblaban. Detrás de las ramas una gran piedra se movió y dejó al descubierto una cueva, cuya boca interior podía verse aún en la espesura. De aquella cueva salieron unos seres que rebosaron todos los límites de nuestro asombro. Maneiwë pegó su frente de la tierra como el ermitaño en éxtasis extremo; del labio inferior de Taoriwë se le salió el tabaco y Poirowë parecía una estatua de mármol moldeada por el tiempo. Hasta el valiente capitán Taoriwë estuvo a punto de pegar un grito. Sumido en mí perplejidad analicé los detalles de aquellos seres casi gigantes: parecían pájaros y humanos a la vez. Eran cinco. De sus brazos se desprendían las alas pegadas a sus costados hasta las cinturas. Todo su cuerpo estaba cubierto de vellos y sobre sus oblicuos ojos se destacaban unas cejas abundantes. Alzaron vuelo y en el cielo parecían águilas gigantes en elegante desplazamiento. Dieron varias vueltas escudriñando el horizonte, cuando de repente se pusieron en fila y se lanzaron en picada, no sabíamos si hacia nosotros o hacia el lago. Karëtimi pegó un grito y Toariwë le dio un golpe que lo dejó inconsciente. Maneiwë se acurrucó, de rodillas, sobre la tierra; masticó su tabaco susurrando palabras ininteligibles. Los seres alados descendieron velozmente pasando sobre nosotros, lanzando chillidos agudos. Todos gritamos pero no nos oyeron. Al acercarse al lago encogieron sus alas y penetraron como clavadistas en el agua. El lago se agitó en ondulaciones como despertando de un letargo. Transcurrieron minutos de silencio, nuestra admiración y asombro no tenía límites; no sabíamos si huir o quedarnos. Las aguas se tranquilizaron, luego comenzaron a agitarse, surgieron grandes marejadas, brotaron grandes chorros de agua como sopladados desde abajo. No sabíamos qué otra sorpresa podría salir del lago, pero al poco tiempo éste

se quietó. ¿Cuánto tiempo podrían permanecer en el agua sin respirar?, nos preguntábamos. ¿Saldrían de un momento a otro o no volverían a emerger más? Para asombro nuestro los seres alados volvieron a salir, pero desde la cueva. Entonces entendimos: la cueva se comunicaba con el lago. Volvieron a alzar vuelo, se mantuvieron en el aire hasta la noche, alumbrados por las estrellas. Tarde descendieron, esta vez a su cueva y no volvieron a salir.

Esa escena me ha acompañado toda la vida, procurándome noches de insomnio.

22 horas

El reloj dio las seis de la mañana del viernes 15 de mayo de 2000. La chicharrita del despertador a veces era una ladilla para Sabino, pero era una necesidad. Permanecía hasta tarde viendo televisión, películas que le apasionaban. Frecuentemente se quedaba dormido llegando tarde a su trabajo, por lo que decidió comprarse un despertador. El jefe lo amenazó en ciertas ocasiones. Si seguía llegando tarde tendría que prescindir de sus buenos oficios.

Prendió la radio para oír las noticias en la emisora “chismosa” como la llamaba él: “¡Una mujer peleó con su marido en El Moñito!”, “¡Una mujer fue a desafiar a otra en Guaicaipuro porque le estaba quitando el marido!”... y de repente suena el himno cotorrero: “¡uuuurgente! ¡urgente! ¡Noticia de última hora!”... Sabino afina el oído: “¡Se acaba de morir fulano de tal!”.

“Siempre la misma la vaina”, pensó Sabino, “nunca dicen una vaina buena. ¿Cómo es posible que la muerte de alguien sea una gran noticia? ¿Por qué no dicen cómo está la economía, el panorama mundial, la inflación”. Luego prende el televisor, CNN: problemas en el Medio Oriente, guerras por todas partes, Corea con su programa nuclear, etc. “Este mundo está fregao”, siguió pensando, “no entiendo cómo Dios ha aguantado tanto. Bueno, le prometió a Noé que no habría más fin de mundo”.

Se bañó para ir al trabajo temprano. Después de vestirse fue a la cocina a beber café que su madre preparaba todas las mañanas. Tenía tiempo viviendo en casa de su madre, desde el día en que su mujer decidió dejarlo. Ella alegó que Sabino era un descuidado, cobraba y no le daba nada, apenas para la comida, ella necesitaba su ropa, sus cosméticos, en fin, dinero para comprar lo que necesitaba.

“Pero, no sé en qué gastas –decía–. Vives en la calle frecuentando lugares de mala muerte, dándole a otras mujeres y a mí nada. No me la calo más. Recoge tus cosas y te vas, voy a buscarte otro que me dé lo que necesito.”

De nada valieron los alegatos de Sabino: recogió sus cosas y se marchó a la casa de su mamá.

Faltaba poco para las ocho de la mañana, una mañana nublada de mayo. Comenzaba el invierno. Observó el cielo y se preguntó si llovería o no, total decidió llevar su paragua. Vivía en el barrio Táchira, un barrio con su leyenda, donde funcionó el primer hospital, que luego se convirtió en escuela de mamure; hoy funciona allí un comedor y un pre-escolar. En el barrio se instaló el primer puesto de la guardia nacional; en su lugar está ahora la escuela Táchira donde paradójicamente no estudió. Su madre prefirió inscribirlo en el Pío XI, para ver si tenía vocación sacerdotal. Y casi la tuvo, de no ser por Aleida, una chica

morena que lo embrujó con sus encantos a sus dieciséis años; cada vez que salían a recreo se perdían para el huerto. Hasta ahí llegaron las aspiraciones de Sabino para ser cura. Recuerda que siempre ayudaba al padre Antonio y al padre Bortoli en la misa. Se calzaba esa batolota grande y blanca para llenarle la copa de vino al reverendo, sonar la campanilla para que la gente se arrodillase, luego acompañar al padre a dar la hostia con el platillo. Ahí veía algunas y algunos sinvergüenzas comulgando. Le entraban ganas de reír, pero, se contenía, como si Dios le dijera “Tú también vas por el mismo camino”. El padre Bortoli, además de darle clase de física, era su consejero espiritual. Por cierto, cuando los alumnos del Pío XI lo vieron por primera vez, tenía un cigarro en la boca. El asombro fue tal que pensaron que era el fin de mundo: “¡Un padre fumón, ooh!”. Los muchachos no salían de su asombro.

“Debes portarte bien para que figures ante los ojos de Dios y te guíe por el camino de la vocación”, le decía el padre Bortoli a Sabino. Pero, las palabras del padre se las llevaba el viento, así como se lleva las plumas desprendidas de las aves. Aleida era el viento. Dios tendría que esperar por un nuevo candidato con vocación. Para colmo, poco después, el padre Bortoli y el padre Antonio fueron cambiados para el Alto Orinoco; hasta aquí llegó Sabino con los curas.

Vivió siempre en el barrio “Táchira”; se había ido del barrio cuando se casó con Silvia. Luego de que ésta lo corrió, volvió nuevamente. Antes de Silvia había conocido en el barrio a una chica simpática, de tez blanca, llamada Selene; pero llegó alguien y se la quitó. Tiempo después supo que su rival era un maestro de la escuela “Táchira” de nombre Rigoberto Vida; con el tiempo la chica no fue para ninguno de los dos.

Sabino caminó en la mañana fría de un viernes. “Me tomaré unas cervezas hoy”, pensó. Al pasar por el mercado municipal se detuvo en la panadería para tomarse un café; se sentó para observar la gente que pasaba y pensar con cual de sus amigas podría salir ese día. Amaba la “libertad”, le gustaban las cervezas y las mujeres. Gente iba y venía No tenía apuro en llegar a su trabajo; casi todo el mundo llegaba tarde, menos las señoras que hacían el aseo: ellas eran puntuales y nunca faltaban al trabajo. No se enfermaban como las compañeras de Sabino que siempre se presentaban con reposos médicos, con todos los dolores el mundo y cuando no eran ellas, eran los hijos. A las señoras del aseo nada, tampoco a sus hijos. En el día del trabajador los premiados y premiadas son los enfermos y enfermas, menos quienes trabajan arduamente.

Un par de oficinas amplias, con tres escritorios una y dos la otra, donde trabajaba Sabino. Se presentó calculando que algunos de sus compañeros ya habían llegado. Juan, uno de ellos, estaba sentado en una silla de plástica de uno de los escritorios, frente a una vieja máquina de escribir. Las oficinas de... eran las únicas donde todavía no había llegado la tecnología, la modernidad con sus computadoras, fotocopiadoras, etc. Completaban el mobiliario dos estantes que archivaban carpetas con documentos varios, un escarapate viejo, inservible, una cartelera de información, una cafetera reemplazable cada dos meses

porque se la robaban, un almanaque donde se contaban los días faltantes para las vacaciones; las sillas no eran suficientes: cuando todos estaban presentes, unos permanecían de pie mientras los otros esperaban su turno para sentarse. La secretaria no sabía lo que era disfrutar de uñas largas, bien pintadas y moldeadas porque tenía que darle duro a las teclas de la vieja máquina de escribir. Muchas útiles de oficina los compraban entre todos porque el estado no se los proporcionaba; se creó la oficina jurídica pero se olvidaron de ella porque no les interesaba. Cuando llegaba una supervisión, los informes se catalogaban positivamente, los supervisores se percataban que “no hacía falta nada”.

Juan y Felipe ya estaban presentes. Sabino llegó directo a la cafetera. Se sirvió un pocillo de café y se dispuso a charlar con sus compañeros.

–Gina no vendrá hoy –dijo Felipe con cara sonriente.

–¿Por qué? –preguntó Sabino.

–No es raro –recalcó Juan.

–Parece que anoche se fue de farra y perdió la cartera.

Los tres se echaron a reír. Parecía cruel que se rieran de su propia compañera, pero así era, hablaban y se reían unos de otros; se echaban los cuentos de los fines de semana y los chismes de la ciudad. Cuando no tenían nada que contar, salían a relucir los cuentos de Eliseo Jordán, Himmer Cruz y Rigoberto Vida. Tres históricos y folklóricos personajes de Puerto Ayacucho. Si a alguien se le ocurriera escribir un libro sobre ellos, seguramente se moriría de viejo y no terminaría de recolectar todos los cuentos que tienen.

La oficina de Sabino es un lugar de entretenimiento: se habla, se echan chistes... Es una oficina muy distinta de las demás donde la gente recibe malos tratos, rechazos y humillaciones; mucha gente acude a la oficina de Sabino para trabajos jurídicos porque aquí la gente, cuando no sale alegre, sale complacida. A pesar de los problemas de algunas de sus compañeras, se trabajaba bien. Eso sí, cuando se programan reuniones de bebederas, las mujeres no se enferman.

A las nueve y media de la mañana ya todos estaban presentes: Rosario, Lucía, Rosemary, Kenia, Yumena, Dorilda, Nora, Juan, Felipe y el jefe a quien todos llamaban el “chivú”. Su nombre es Ezequiel, pero le dicen el “chivú” por su abundante barba negra contrastante con sus blancos dientes que enseña cuando se ríe oyendo los cuentos de sus compañeros. Las mujeres llegaron haciendo café y preguntando por los últimos acontecimientos. En medio del trabajo la tertulia se hacía a veces interesante, otras veces aburrida. Lo de siempre: así sucede en toda oficina: simplemente mirarse en la cara cuando no hay nada que decir, leer el periódico, tomar café... Todo centro de trabajo vive experiencias diferentes y la oficina de Sabino gozaba de ese ambiente diferente entre sus miembros.

A las once decidió retirarse. Caminó hacia el centro de la ciudad, entró en un centro de comunicaciones y marcó un número telefónico.

–Aló –respondió una dulce voz femenina.

–¿Qué te pasó anoche?

–Me tomé unas cervezas.

–Después no me reclames; me dijeron que pusiste la cómica anoche.

–¡No me interesa!

–Lo que siempre he dicho, las mujeres nunca piensan con la cabeza.

–¡No me interesa! –la dulce voz se convirtió en una voz quebrada por la angustia y el teléfono se trancó en el acto.

Terminó de pelear con Gina. Sabino y Gina tenían unos amores secretos desde el día en que se conocieron en el trabajo. Nunca lo demostraban ante sus compañeros, ni delante de nadie. Se veían secretamente y se amaban secretamente. Como en la mayoría de las parejas, las relaciones se enturbian cuando comienzan a faltar las palabras o el respeto: un desequilibrio conlleva a otro y así sucesivamente. Sabino y Gina vivían ese momento.

“Quisiera vivir hoy un día inolvidable”, se dijo para sí Sabino. Caminó por la calle sin rumbo.

A las doce sintió hambre, se dirigió al mercadito “60 Aniversario” Al pasar frente a “Saima Sur”, justo donde se reúnen los ajedrecistas, un hombre alto, con cara de angustia, se levantó de uno de los bancos de cemento y lo detuvo.

–Señor, cómprame este anillo.

Sabino vio el anillo y el rostro del hombre, alto, desgarbado. Por su mente pasaron miles de pensamientos. El anillo, de plata con una piedra roja, tenía grabado un nombre y un año: “Prom. Luis Arcadio Barrios, 1976”. El acento del hombre lo revelaba como uno de tantos venidos de otras tierras en busca de aventura o huyendo de algo; estaba sudoroso como si algo lo atormentaba, con una mano sostenía una bolsa con un frasco.

–No tengo –respondió Sabino entre la duda y la compasión– ¿Por qué lo quiere vender?

–Si usted supiera lo que me pasó... sólo quiero comer.

El mercadito “60 Aniversario” se asentaba sobre lo que fue un pequeño riachuelo, a su alrededor se vivía el eterno drama de la cadena alimenticia; los peces subían y bajaban; el tigre y el venado jugaban al gato y al ratón, unas veces ganaba el venado, otras veces el tigre; la lapa merodeaba en la noche y la lechuza buscaba con sus grandes ojos a su presa. Puerto Ayacucho no existía. Luego vino lo que tenía que venir: el pequeño pueblo nacido a la orilla del gran río fue expandiéndose poco a poco. El pueblo rodeó al pequeño riachuelo y éste se convirtió paulatinamente en una alcantarilla. La gente la bautizó como “Alcantarilla 6”. Sesenta años después, una lápida de cemento la cubrió y un epitafio sobre ella rezaba: “Mercadito 60 Aniversario”. Sabino recuerda, cuando adolescente en la noche, se sentaba en los muros colocados a ambos lados de la avenida Orinoco, es decir, sobre la “Alcantarilla 6”. Y mientras oía el sonido de las aguas negras de la alcantarilla, veía a la gente pasar, la mayoría en su ir y venir del cine “Continental” o del “Teatro Don Juan”, dos lugares, que al igual que el riachuelo, pasaron a la historia.

Ahora se encontraba comiéndose una sopa en uno de los tarantines del mercadito, acompañado de aquel tipo desconocido que quería venderle un anillo.

–Señor... ¿Cómo me dijo que se llamaba?

–Gilberto.

–Señor Gilberto, no tengo para comprarle el anillo, pero me gustaría brindarle una cerveza para que me cuente su historia.

–Gracias, señor Sabino, eso me ayudará a desahogarme.

Dos de la tarde. Caminaron en silencio por la Orinoco arriba, una cuadra antes de llegar a la Planta Vieja, doblaron por una calle corta y se introdujeron en lo que una vez se llamó bar “El Faisán”, del famoso Toribio. Aquí solía venir Sabino con sus amigos a principio de los años ochenta; para ese entonces era un bar popular, ostentaba orgulloso las primeras licencias de bares de la naciente Puerto Ayacucho. Sus tiempos de gloria fueron los años sesenta y setenta. Muchas mujeres bellas y hermosas frecuentaron sus noches de carnaval y los momentos de alegría. A finales de los setenta proliferaron los bares y “El Faisán” comenzó su decadencia. En los ochenta, sus clientes eran los bohemios y los que recordaban o añoraban épocas pasadas. Su “rockola” contenía grandes clásicos de la canción y por un bolívar las cervezas y la música se daban la mano. Sus bancos y mesas de madera, las matas de bambú, un mango, que en tiempo de carga les brindaba el pasapalo a los clientes, le daban una característica muy particular. Hoy es una casa amurallada y, donde antes se bamboleaba el bambú mecido por el viento, se construyó otro local: “La Flor del Naranja”, un pool más de la expansiva ciudad. Quienes ahora la frecuentan escribirán la historia para los próximos treinta años.

Sabino y Gilberto se sentaron en una esquina de la barra; el “reggaetón” sonaba y los jugadores gritaban el éxito de sus jugadas; una joven, cuyos rigores de la vida habían agregado más años a su rostro, se acercó a aquellos sujetos que veía por primera vez en el pool. Sabino pidió dos cervezas.

–Entonces, ¿qué pasó? Cuéntame.

“Yo no soy de aquí –comenzó el tal Gilberto, después de tomarse un sorbo largo de cerveza, como disfrutando del fin de una sequía de años; tampoco dejó de tener una cara de tristeza, tristeza que no parecía ser de hambre –yo soy de *Bolíval*, hace muchos años me vine pa’ Amazonas buscando una mejor vida, aquí conseguí trabajo de albañil en una constructora porque soy albañil. Alquilé una habitación en el barrio “Luisa Cáceres” y ahí viví mucho tiempo. Más tarde conocí a una mujer, del mismo barrio, con quien comencé a convivir; ella tenía cuatro hijos: un varón y tres hembras. Para ese momento eran niños, hoy son adolescentes y otros mayores de edad. Vi que era una mujer buena y alquilé una casa para todos en el mismo barrio –mientras Gilberto hablaba le llegaban mensajes al celular de Sabino, principalmente de Gina –porque no quería irme lejos de la ciudad. Todo fue de maravilla. ¿Por qué será que todo, al principio, es de maravilla? Comencé a progresar, cada día me salían más trabajos y dinero y así monté una pequeña bodega a mi mujer. Vi mi sueño hacerse realidad: ser feliz, sin importar que mi mujer tenía cuatro hijos que no eran míos.

Sabino aprovechó una pausa para decirle a la chica desgarbada, de mejillas hundidas, que cambiara “esa porquería de música y ponga una vaina buena”.

–Ustedes viene llegando –respondió ella con ojos iracundo –no han gastado nada y por lo tanto no tienen derecho a exigir.

Siguió sonando el reggaetón, las bolas de pool sonaban con furia junto con las griterías y las discusiones. Gilberto siguió su historia.

“Pero llegaron las sombras, las peleas, el llanto, el dolor; traté en vano de encontrar una explicación. A veces ella se iba unos días, a veces yo, para evitar peleas; estábamos quince días tranquilos, una semana de pelea, se iba brava dejándome los hijos. Ya las hembras estaban grandes, la mayor con diecisiete años. Pero, en el cielo y en la tierra nada hay oculto porque el infierno y el cielo los vivimos en carne propia: llegó a mis oídos que me la estaba jugando. Yo no quería creerlo, yo la quería mucho. Tarde me vine a dar cuenta que no se debe amar tanto, porque uno, además de volverse ciego, se vuelve esclavo y más: esclavo de alguien que no se lo merece. Pero, además de esto, otro ingrediente vino a atizar el fuego, a enredarme más la mente, a llenarlo de disyuntivas y resoluciones: la hija mayor de ella comenzó a coquetearme. Yo tengo 45 años, a mí particularmente no me gustan las menores de edad, le dije que dejara la cosa, demasiado problema tenía con su mamá para ocuparme de otro”.

“Lo que yo presentía se hizo realidad, la mujer comenzó a reclamarme que yo tenía malas intenciones con su hija; me amenazó con denunciarme y aunque yo le hablaba con sinceridad, no le hacía caso a mis palabras. Mis días se atormentaron y mis noches fueron de amargas. Miles de preguntas me hacía: ¿Cuál era mi pecado? ¿Qué culpa estaba pagando? ¿Qué hice? Si cometí alguna falta no era para tanto”.

–La vida no es fácil –dijo Sabino mirando los llorosos ojos de Gilberto; sus lagrimas se negaban a salir porque seguramente Gilberto era de los que pensaban que los hombres no deben llorar. Hay que estar preparado para los sinsabores de la vida. Por algo existe lo amargo algún día debemos probarlo.

Sabino pidió más cervezas haciéndole señas a la mesonera de que eran tres. Trajo las cervezas con cara seria y preguntó para quién era la otra. Sabino le dijo: “para ti”. Dio las gracias al tiempo que se le alegraba el rostro. No pasó mucho tiempo antes que el reggaetón dejara de sonar para dar paso a las canciones de Ana Gabriel. Sabino celebró con placer el cambio musical; el intercambio alegre de miradas entre él y la mesonera vaticinó que las cervezas ya no serían dos sino tres. Los mensajes seguían llegando, principalmente los de Gina queriendo hablar con él; le respondió que esperara. El reloj de Sabino indicaba las tres de la tarde.

“Eso sí, ella no descuidaba la bodega y cada vez más me pedía dinero para surtirla y yo, con la esperanza de que todo mejorara, complacía sus deseos. Luego vino el desenlace fatal: una tarde estaba yo en mi cuarto descansando, pensando, meciéndome en un chinchorro cuando vi que la puerta del cuarto se abrió. Era Carmenza, su hija, la misma que me coqueteaba. Le pedí que saliera porque la gente podría pensar mal; en cambio se quitó la blusa blanca quedando en sostén y se me acercó. En ese instante un grupo de personas entró a mi cuarto, entre ellos... mi mujer.”

Lloró.

La canción de Ana Gabriel se oía como un eco “*si fue hechizo o no fue hechizo eso ¿qué me importa ya...?*” La mesonera seguía repartiendo cervezas a los jugadores, el grito de “¡piña!” se oía a cada momento. Gilberto se limpió las lágrimas pasándose las manos por la cara. Sabino miró su triste rostro. Comprendió que la venta del anillo era por necesidad. Gilberto estaba pasando por un momento de amor desgraciado. Sabino por dentro se compadeció, él también había conocido lo bueno y lo malo del amor.

–Sigamos bebiendo, amigo –dijo Sabino, al mismo tiempo que chocaban las botellas de cervezas–, por algo a esta cerveza le pusieron “*polar*”: Para-Olvidar-Los-Amargos-Recuerdos y, como dijo un poeta:

*‘cuando el amor os llame, seguidle,
no importa que sea por caminos agrestes o escarpados,
porque así como corona también crucifica’*

–¡Linda, dos cervezas más y una para ti!

La mujer trajo las cervezas y la de ella. Sabino aprovechó para preguntarle su nombre. Catalina. Se acordó de Catalina de la novela “*Cumbres Borrascosas*”, de Emily Brontë.

–Me recuerda a alguien ese nombre –le dijo Sabino, mirándola a los ojos.

–¿Quién, tu mujer?

–No, el personaje de una novela.

Catalina hizo una mueca y se retiró.

“Bueno –prosiguió Gilberto–, cuando entraron me imaginé lo que venía. Mi mujer irrumpió como una bestia herida de muerte que desesperadamente arremete contra su agresor. Agarró una escoba y comenzó a sacudírmela por todo el cuerpo. Algunas de las personas que entraron, amigos de ella, también me dieron golpes. Me insultaron, me dijeron de todo, tú imagínate lo que me decían, a la muchacha la sacaron para afuera mientras me humillaban adentro. Llamaron a la policía, me montaron en la patrulla ante las miradas de los vecinos, mi moral estaba por el suelo. Lo más doloroso era que nadie me creía; incluso, hasta los policías me maltrataron dentro de la patrulla. Me acusaron de “intento de violación y actos lascivos”. Nunca en mi vida había estado preso, me envolvieron las sombras de la desesperación y la soledad, solo y sin familia, nadie quien me defendiera. Me asignaron un abogado porque no tenía con qué pagar, una abogada. Le conté todo y ella me creyó. “Te sacaré de aquí”, me dijo, “si no tiene antecedentes no habrá problema”. Me calé tres meses mientras me traían los papeles de Caracas. Fue una odisea comunicarme con un hermano en *Bolíval* para que me hiciera esa diligencia. La cárcel me sirvió para reflexionar y llegar a la conclusión de que todo fue una trampa montado por mi mujer y su hija para quitarme todo y quedarse con el hombre que tenía.”

Los clientes empezaron a chillar para que cambiaran la música. Catalina se hizo la loca, con su cara seria. El rostro de Gilberto se serenó para seguir contando su historia. Sabino oía el

relato, uno de los tantos que suceden a diario. Unos terminan en forma dramática, otros felizmente, otros como lo de Gilberto.

“Cuando te encontré yo venía de la iglesia, pues, hoy salí de la cárcel, intenté retirar mis cosas, mis muditas de ropas pero fue imposible. D existípara evitar una tragedia. Un amigo de la cárcel me prestó dos mil, con eso compré “Racumín” y me fui para la iglesia a pedirle perdón a Dios por lo que iba hacer, me senté un rato, coloqué mi cara entre las manos y le pregunté a Dios qué me estaba pasando, por qué permitía que pasara lo que me estaba pasando. Salí de la iglesia dispuesto a tomarme el veneno, sentarme en uno de esos bancos y tomármelo, después, bueno, que la gente llamara a la policía o a los bomberos para que me recogieran. Me senté en uno de esos bancos cuando vi que tú venías y decidí ofrecerte el anillo para comer y si me alcanzaba algo tomar un autobús e irme para mi tierra, alejando de mi mente este mal pensamiento de matarme.”

–Y el anillo ¿cómo lo obtuviste?– preguntó Sabino, mirando el frasco de veneno para ratas.
–Se lo compré a un tal “bachiller obrero” hace mucho tiempo, me dijo que no lo necesitaba, que no le gustaban los objetos de lujo. “Es un recuerdo tuyo”, le dije. “no –me contestó–, milito en el partido comunista y necesito dinero”. Bueno, le compré el anillo pensando volvérselo a vender cuando llegara al poder. ¿Te imaginas llegar al poder con los reales de un anillo?

Las palabras de Gilberto sonaban como un estampido lejano, cuando unas botellas volaron por los aires y se estrellaron contra las paredes pintadas de imágenes publicitarias. El griterío, los insultos y los tacos dejaron de ser instrumentos de juego para convertirse en armas; Catalina gritaba, se llevaba las manos a la cara, las retiraba, las movías como ramas sacudidas por el viento, miraba a su ayudante con ojos saltones, pero éste de momento quedó como quien ve algo inexplicable, embargado por la duda y también por el miedo. Reaccionó junto con otros clientes para apaciguar a los belicosos jugadores: los tacos volaban en pedazos al chocar contra las mesas de pool, las manos y los brazos se alzaban como escudos. Sabino y Gilberto se metieron detrás de la barra. Al momento llegó la policía: parecían *robocop* montados sobre motos, con cascos, lentes oscuros, chalecos antibalas, radios, celulares, masticando chicles, armados hasta los dientes. Todo se paralizó al instante; el fárrago humano se vio disuadido, no por las armas de los policías sino por los garrotes asidos de las manos.

La música y la algazara envolvieron nuevamente el ambiente, Sabino y Gilberto salieron debajo del mostrador ocupando sus taburetes de madera maciza. Ya los efectos de las cervezas se estaban sintiendo: a Sabino le estaba entrando alegría y Gilberto se olvidó del suicidio, aunque seguía embargado por la tristeza. Se le aguaron los ojos dejando escapar otra vez algunas lagrimas, pero el sufrimiento era más por el amor que por la desgracia misma. A veces hablaba solo, mientras Sabino respondía mensajes de texto. El “Chivú” le reclamaba que fuera a cumplir con su trabajo porque había gente que lo esperaba para redactar documentos jurídicos; Gina le preguntaba dónde estaba y él respondía: “bebiendo”.

Gilberto despedía palabras amargas y entrecortadas como el pecador que agoniza en su lecho, pidiendo perdón ante el sacerdote que lo bendice. Por último dijo:

–Amigo...–mientras alargaba la mano hacia Sabino–: te regalo el anillo, tu invitación no tiene precio y tu compañía ha sido invaluable, guárdalo, ojalá ese tal “bachiller obrero” no llegue a gobernador porque si es pichirre hasta con su estomago, cómo será con el pueblo... y si algún día te lanzas a gobernador, búscame: por lo menos hay dos votos seguro. Me siento aliviado, te lo agradezco hermano.

Sabino, después de observar el anillo, agradeció y lo guardó en el bolsillo de su camisa. Vio aquel rostro compungido, maltratado más por los golpes del guayabo que por los golpes de la vida. Serenó con palabras consoladoras el tormentoso corazón de Gilberto.

–Son innumerables los ejemplos de quienes se han sobrepuesto a las más negras de las adversidades y tú no puedes ser la excepción – dijo Sabino al alzar la botella para brindar–. No hay mal que por bien no venga, dice el dicho; toda esa tormenta se te pasará, te olvidarás de ella y de las amarguras por las que has pasado y... oiga bien amigo: más temprano que nunca brillará el sol para ti...

Cinco de la tarde. Ambos amigos salieron del bar, dejando atrás el bullicio, no sin antes despedirse de Catalina y concertando una cita para el futuro. Se despidió de Gilberto en la esquina del “Nylon”, le dio diez mil bolívares y éste, tomando un taxi, se dirigió al terminal. Se fue como había llegado, sin nada. Puerto Ayacucho no le sonrió como a muchos otros, más bien se fue con una pena en el alma. Sabino caminó buscando el centro de la ciudad, pasó frente a la panadería “Barahona”, donde una vez funcionó un bar cuyos clientes bautizaron como “La Poceta”. En su bella época el servicio de ron blanco valía cinco bolívares. El mesonero colocaba un platillo, un limón y un poquito de sal.

Cruzó la calle “Urdaneta”. En la esquina de “La Orquídea” una chica peleaba con alguien por teléfono, otro sonreía con el celular pegado al oído: “el contraste de la vida”, pensó Sabino, “mientras otros pelean otros sonríen”. Se tiró a la calle porque las aceras lo ocupaban los buhoneros. La gente tenía que compartir la calle con los miles de vehículos que circulaban por la ciudad. Dejó atrás lo que quedaba de “Los Paragüitos” de donde una vez, dos niñas, Gregoria y Ninfa Pérez, en plena fiesta de carnaval, salieron corriendo porque nunca habían visto una esfera con miles de luces multicolores colgada del techo: se encendían y apagaba; las luces intermitentes les causaban pavor, además de las personas disfrazadas de una manera que parecían sombras chinescas. Eran las mismas fiestas que amenizaban “Los Bárbaros del Ritmo”, de Aquiles Acosta, “Los Rítmicos”, de Leandro Guzamana, “Los Vionarys”, de Víctor Ramírez, Elso Díaz y su grupo “Sensación” y “Camico y su Combo”.

La gente iba y venía, Ayacucho adquirió las mismas costumbres de las grandes ciudades. La hora pico, un desastre: los estudiantes, los empleados y los trabajadores saliendo de su trabajo como si el mundo se fuera a acabar. Al acercarse a la boca de calle del barrio “5 de Julio” vio gente correr, mujeres gritar... Un joven descalzo, con una franela que una vez

fue roja, desgastada, con pantalones con signo de no haber conocido nunca el agua y el jabón, corría velozmente con un bolso de mujer en la mano rumbo al sector “Bagre”. Otros lo perseguían y a continuación la policía... La escena de todos los días, como en cualquier otro país del mundo. Puerto Ayacucho también había ingresado al club.

Sabino llegó al teatro “Don Juan”, giró la cabeza hacia todas partes, tratando de ver algún conocido. Vio a Nazareno, su amigo misógino, pero éste se estaba montando en un libre para irse; entonces, decidió entrar en la “Taberna del Toro”.

“La Taberna del Toro”, un lugar pletórico en pleno centro de la ciudad. En los setenta, cuando se inició, era un sitio selecto. Sólo los ricos entraban, los que tenían dinero. Amueblado, con poca luz, la cerveza a dos bolívares era una fortuna para la época. Al entrar vio caras conocidas: “¡Hola Sabino!”, “¡Hola galán!”, “¡Llegó el galán sabanero!”, “Será el tuqueque”, acotaba otro. La música, el televisor, el bullicio, el humo del cigarrillo competían en aquella atmósfera brumosa. En las mesas se sentaban hombres y mujeres, sus gestos y frases resaltaban el alto grado de alcohol consumido; comentaban la política del momento y otros hablaban naderías. Sabino se desprendió de sus amigos ebrios para sentarse en la barra de granito. Al frente, en el centro de un inmenso arco de ladrillos, la enorme cabeza de toro disecado sobresalía de la pared con sus cachos afilados observando la sala y, como el águila que en picada se lanza sobre su presa, parecía querer salir a embestir con furia a los bulliciosos beodos. A ambos lados del arco, colecciones de potes y botellas de cervezas y refrescos de épocas pasadas estampaban la historia del bar: “Zulia”, “Nacional”, “Regional”, “Polar”, “Malta Caracas”; anticuadas botellas de “Pepsi” y “Coca-cola”. La máquina registradora de los años cincuenta dejaba escapar sonidos como de campana al ser teclados por las manos de Flor; un campanazo final mostraba los billetes para el cambio y el vuelto. Flor iba y venía destapando cervezas, su pelo largo se desprendía sobre su espalda hasta la cintura, como una cascada negra, meneado por el movimiento de sus pasos; su blanco rostro, a través de sus negros ojos, escribía la histórica belleza de tiempos pasados. Sentados en la barra, algunos clientes miraban la televisión o la cabeza del toro, tratando de entender cómo la habían disecado. Otros recordaban los viejos tiempos cuando metían un bolívar en la vieja rockola de Flor para oír música; otros pasaban la mirada como de expertos anticuarios sobre las botellas coleccionadas religiosamente como en un museo de antigüedades. Sabino se sentó en el centro de la barra. A su derecha un piaroa quizás dormía la tercera siesta del día; a su izquierda, un hombre de cabeza y rostro lisos lanzaba lindezas contra un borracho impertinente, luego se volvió hacia Sabino comentando su ira. Al poco rato se presentaron, comenzando así la camaradería y, entre cervezas y cigarrillos, aquel hombre calvo por los años ordenó sus recuerdos para que su interlocutor oyera una nueva historia.

“Si amigo –comenzó con un cigarro en la boca– yo era un pobre diablo en mi natal Barinas, sin profesión y sin trabajo, todos los días salía a la calle a ver qué conseguía para comer o llevar algo para la casa de mi mamá. Me abstuve de tener mujer porque no tenía con qué mantenerla. Pero, aun así, el amor es arrecho, amigo; cuando esa vaina llega uno no lo puede aguantar, es como la muerte, inevitable. Me conseguí esa mujer y la vida se me

complicó más. Aunque ella se ganaba la vida en una peluquería, eso no era correcto para mí. En mis incesantes salidas a la calle oí hablar de Amazonas, de gente que venían y se volvían ricos. Hablaban de oro, diamantes, incluso de la venta de agua, en un estado rodeado de ríos, porque muchos faramalleros ahora quieren beber agua mineral, porque y que ‘el agua de tubo le hace daño y no es pura’. Yo me iba todos los días al mercado a oír a los camioneros hablar de Amazonas. Todo lo que ellos traían lo vendían obteniendo grandes ganancias. También oí de un lugar llamado Yapacana de donde el oro salía a granel. Todo esto caló hondamente en mí, hablé con uno de los camioneros para acompañarlo como ayudante. Así me vine para Amazonas, después de hablar con mi mujer y prometerle mandarla a buscar una vez que la vida me sonriera. Una vez aquí le dije al camionero que mis intenciones eran llegar al Yapacana. Cuando me estaba pagando el servicio me dijo: ‘Mira, Milton, acuérdate que tú no eres minero, eres llanero; tú no sabes cómo es esa vaina, tenga cuidao’. Recuerdo que me fui para el puerto de Samariapo, obsesionado por el oro. Como pude conseguí la cola para San Fernando de Atabapo.”

Sabino pidió disculpa para atender la llamada de Gina el amor de su vida. Ésta, por teléfono, le preguntaba por qué la hacía esperar tanto, la anhelante espera apuñalaba su corazón. Sabino le replicaba que ella también, muchas veces, lo hacía esperar. Después de discutir, acordaron pasar el día siguiente junto.

“Y como te venía diciendo amigo, después de llevar agua y sol, aguantar hambre y beber mañoco con agua que me dieron los compañeros de viaje, de paso nunca había visto ese grano amarillo, llegué a San Fernando de Atabapo. Por su puesto, en el trayecto me hice amigos quienes me brindaron alojamiento en su casa. Varios días duré en San Fernando comiendo el tal ajicero y la tal yucuta; muchas veces a ésta la cocinaban quedando como una sopa mal hecha, yo tenía que morir callado pues no pagaba nada y el que no paga nada no tiene derecho a elegir. La primera vez que comí ajicero creí ver el diablo echando candela por la boca; eso sí, me bebí dos tazas de yucuta para aguantar el candelero. Hoy en día no me falta el ajicero ni la yucuta en mi casa.”

“Así esperé hasta llegar al cerro Yapacana, me fui con unos colombianos que llegaron de Puerto Inírida. También viajaban mujeres; luego supe que eran de la vida alegre, que iban a la mina a intercambiar el oro de su cuerpo por el oro de la tierra; parecían haber salido de un taller de restauración. Aquellos personajes con rostro más de lampuso que de otra cosa me veían como diciendo: ‘este sujeto tiene cara de todo meno de minero’. Me sometieron a intensos interrogatorios: en unas decía la verdad y en otras no. A nosotros los llaneros nos podrán embromar en otra cosa menos en la malicia. ‘Pues, ¡huy hermano! Usted es verraco, mire. Usted no es hombre de mina, le aconsejamos que se regrese lo más pronto posible’, me dijo uno de los colombianos. Después me di cuenta que era verdad, el infierno para mí comenzaba aquel día pero yo no hacía más que pensar en el oro y en mi mujer. Llegamos a la mina tras caminar kilómetros de selva con grandes sacos sobre el hombro, caminando agachado viendo las raíces y hojas secas del camino. El canto de los pájaros me sonaba a risas burlonas y, por momentos, me daba rabia. El sudor me bañaba la cara y me empapaba la camisa. Yo veía a los colombianos que caminaban ligeros como si cargaran sacos de

algodón. El campamento era toda una ciudad de ranchos, músicas estridentes, hombres semidesnudos como seres de fábulas o cuentos fantásticos saliendo del centro de la tierra, todos cubiertos de barro. A muchos de ellos sólo se le veía lo blanco del ojo. Le pregunté a los colombianos quiénes eran y me respondieron: ‘esos son los mineros: pronto serás uno de ellos’. Humo por todas partes, tanto de los vendedores de comida como de las maquinas chupadoras que se oían a lo lejos, gritos y risas de mujeres, niños corriendo desnudos, otros cayéndose a tiros, gente corriendo, perros ladrando... Imagínate, a mí se me espelucaba el cuerpo y yo veía a los colombianos tan campantes como si estuvieran en el paraíso”.

Milton en cada sorbo de cerveza parecía inspirarse más, sin importarle los gritos de Flor regañando a uno que pedía pasapalos.

–¡Por ahora hay pasapalos de huevo... si quiere me avisa – gritaba Flor clavándole sus ojos negros.

–Bueno, amigo– Milton se dio un sorbo de cerveza junto con Sabino y continuó narrando su aventura–; estuve tres meses llevando coñazos e ingeniándomela para sobrevivir, menos mal que nosotros los llaneros aprendemos mucho en el llano y eso fue lo que me salvó. Allá la vida es un infierno, los mineros son unos esclavos porque trabajan para otros, la cerveza vale quince mil bolos, un plato de comida vale una fortuna, una mujer de la época del paleolítico, por un ratico, vale cuatro gramos de oro, una caja de cerveza son tres gramos de oro; allá no circula el dinero en efectivo. Hambre y miseria fue lo que aguanté. No encontraba la forma de venirme. La guardia fue varias veces a hacer redadas. Todo el mundo corría para el monte, menos yo para ver si los guardias me traían preso y así salir de ese infierno; pero yo estaba tan salao que no me tocaban, creían que yo era el que más vacuna pagaba allá arriba, simplemente porque yo no salía corriendo. Y ¿sabes cómo me vine, amigo? Porque le caí a golpe a un guardia cuando volvieron a ir, así fue que me trajeron preso.”

Sabino reía oyendo la historia del llanero, sus aventuras y anécdotas. Al fondo, gente y música navegaban en la magia de Baco. Miró su reloj: siete y treinta de la noche. Milton accedió a contar la última parte de su historia. Antes de continuar le preguntó a Sabino de qué trabajaba.

–Abogado, la gente me paga por no hacer nada.

–Eso es verdad amigo, los abogados lo que hacen es robar a la gente, lo que ellos saben de leyes yo sé de minero.

Sabino se daba cuenta de lo interesante de su interlocutor.

–Estuve preso un mes, salí pareciéndome a Escapuleto.

–¿El de Romeo y Julieta?

–Ese mismo que parece un esqueleto.

Ambos chocaron sus botellas de cervezas entre risas y alegrías “¡Que vivan los mineros!”, gritó Sabino, “¡Que vivan los abogados!”, respondió Milton.

“Sólo tenía para comer –continuó Gilberto–, no tenía para pagar una residencia y me tracé la meta de no regresar a casa con las manos vacías. En la noche me iba a dormir al polideportivo, me acomodaba por ahí en alguna grada. Me levantaba antes de salir el sol a caminar la calle porque no conocía a nadie. Logré conseguir de estantero en un abasto y después alquilé una pieza por Monte Bello. Poco a poco fui reuniendo y me compré una parrillera para vender pinchos, pero una noche me asaltaron y otra vez quedé en la carraplana. No me quedó más remedio que matar un perro para emparejarme.

–¡Que vivan los mineros! – gritó Sabino alzando la botella.

–¡Que vivan los abogados! –lanzó Gilberto su grito y chocaron nuevamente las botellas.

Flor respondió con insultos a los borrachos gritones que no la dejaban oír lo que decían en las telenovelas.

“Ya yo había hecho mis clientes; unas maestras que pertenecían a un sindicato por ahí, por la Aguerrevere, siempre me compraban pinchos. Lamentablemente ellas también comieron carne de perro y la hallaron sabrosa. Siento mucho aprecio por ellas, siempre las veo de compra en la calle. Pero lo hice una sola vez, amigo. Yo continué comprando mis carnes de res y desde ese momento comencé a progresar, guardaba mi dinero, de vez en cuando me tomaba mis cervezas. Alquilé un localcito para seguir vendiendo parrillas, arepas, empanadas. Alquilé un cuarto más grande por “Pedro Camejo” y llamé a mi mujer para que se viniera. Hoy en día tenemos negocios y restaurantes; de aquí no nos vamos más porque la mina está aquí y no en Yapacana.”

Nueve de la noche. Sabino y Milton salieron del bar. La pertinaz lluvia de invierno caía sobre la ciudad, el agua resbalaba por las calles hasta perderse en el impetuoso Orinoco o chupada por la húmeda tierra. El Sedan de Milton enfiló por la calle “Carabobo” y se estacionó frente a “Los Villalobos”. A pesar de la lluvia el local estaba repleto de los amantes de las noches frívolas. Las mujeres, ataviadas para la ocasión, trataban de impresionar a los clientes paseándose por las mesas. Los dos amigos se dirigieron a la barra donde tres mujeres, con sendos descotes, esperaban pacientemente por alguien que las invitara. Sabino colocó su brazo sobre el hombro de una de ellas y, después de saludarla, preguntó si estaban de oferta. Recibió una carcajada y luego un insulto.

Tras entrar en calor y en amena conversación con la chica, Sabino se ofreció a leerle la mano. Ella extendió su mano izquierda, pero él le pidió la derecha. “Entonces sabes de verdad, porque se lee la derecha no la izquierda”, dijo ella con su acento colombiano. Agarró su mano y comenzó a acariciarla; la extendió y pasó sus dedos por las ranuras de la mano de Patricia, nombre de la catira de ojos claros. Por supuesto, Sabino no sabía leer la mano, pero la vida y la experiencia lo habían convertido en un gran psicólogo. Comenzó su repertorio.

–Eres una chica interesante y presumida, te trazaste muchas metas pero te encontraste con obstáculos –la chica parecía querer soltar una carcajada –; aquí se ve que te enamoraste de quien no debías. Bueno, a uno siempre le sucede eso. El tipo te empeñó, te humilló, te abandonó.”

Patricia se sonrojó y clavó sus ojos claros sobre Sabino, su tez cambió. Sabino vio que había dado en el clavo. Patricia jaló repentinamente su mano: la sesión había terminado. Ella quedó convencida de la habilidad de Sabino y éste quedó regocijado por haber acertado. No es necesario ser brujo, toda mujer tiene una historia de decepciones. La noche avanzó. Sabino y Milton departían con las muchachas, el merengue sonaba. Después, la música dio paso al streepteas de la noche. Más tarde la rifa para los presentes: una mujer gratis o dos cajas de cerveza: el ganador no quiso la mujer, alegando que era muy vieja; pidió las cajas de cerveza ganándose una rechifla de burla y risas.

Doce de la noche. El “Sedán” gris se puso nuevamente en marcha, llevando a los dos aventureros nocturnos. La lluvia cedió paso a una suave llovizna como de hilachas finas de algodón, mojando las calles y produciendo lampos. Bordoó el “Cerro Perico”, pasó por “Luisa Cáceres” saliendo a la avenida Aguerreverre para detenerse en otro lugar predilecto por los expertos del oficio: el bar “Italia”. El primer hotel famoso de Puerto Ayacucho estaba ahora convertido en centro nocturno. Milton y Sabino se acercaron a la barra. Sabino llegó preguntando por mujeres en oferta, recibiendo el mismo trato que en “Los Villalobos”. El ambiente, en verdad, era el mismo. Una chica se le acercó pidiendo cigarro. No fumaba pero cargaba para la ocasión. Cuando Sabino encendió el yesquero vio un rostro sin piel: estaba cubierto de polvo y pintura, las cejas eran un tatuaje, sus cabellos rojos se meneaban por la brisa artificial del aire acondicionado.

–Yo leo el cigarro –le dijo Sabino.

–Y yo las manos –dijo ella burlescamente, al tiempo que Sabino le extendía la mano.

–¿Cuánto me vas a pagar? –preguntó ella.

–Depende de lo que me digas.

–¿Y si te digo que vas a morir?

–“Qué importa morir si se ha vivido”, dijo un poeta.

La dama se alejó, llevándose una decepción más de la noche: “otro charlatán”, se dijo. Siguieron libando cerveza. Milton quien ya no contaba su historia, se dedicó a observar a las mujeres y Sabino a lanzar piropos. Otra dama se acercó a Sabino presentándose como Priscila. Entre trago y trago casi los hizo llorar con sus historias de desengaños, decepciones, dramas familiares, hambre y abandono de la familia para ganarse la vida lejos de su hogar. A Sabino, ya bajo los efectos del alcohol, casi se les salían las lagrimas oyendo a la chica y pensando en Gina

Una y treinta de la mañana. El auto volvió encender el motor, recorrió la avenida “Orinoco” y la avenida “Constitución” para estacionarse frente al bar “Cinaruco”. Los clientes de “Cachi”, sumergidos en la magia del alcohol, cantaban oyendo y viendo videos; dos dormían en una mesa: uno parecía un buda, el otro se había recostado de la mesa. Ambos clientes ya eran ampliamente conocidos: Álvaro Mangiavacche y Alfredo Siso: famosos porque se tomaban cinco cervezas y se quedaban dormidos; se despertaban para seguir bebiendo y luego se volvían a dormir. Así pasaban la noche. Su estilo de pago: el

americano. Si Mangiavacche se dormía primero, Siso les pasaba unas botellas vacías; Mangiavacche terminaba pagando más porque no se acordaba cuántas se había bebido. Si Siso se dormía primero, la estrategia funcionaba al revés, de tal manera que todo dependía de quien se dormía primero o de quien dormía más y quien menos.

“Cachi” iba y venía despachando cervezas, oyendo el grito de los ebrios. Unas mujeres adornaban la noche fría bebiendo y cantando. Sabino inmediatamente se relacionó con ellas comenzando la fiesta; las mujeres se animaron oyendo el “raspacanilla”. Sabino agarró a una de ellas para bailar, al son de la música. Bailaban alegremente cuando, en una de sus vueltas, sintió un golpe en la espalda y así como el huracán que todo lo sacude a su paso, así se fue Sabino bamboleando, tumbando mesas, sillas y botellas. La pareja de Sabino, de nombre Maritza, había provocado los celos de su acompañante. Buscó la ayuda de Milton, pero éste había desaparecido. Gritos de mujeres, forcejeos, botellas volando envolvieron el ambiente del bar “Cinaruco”. Los conocidos de Sabino salieron en su ayuda. Llegó la policía llevándose a los más chispados, entre ellos al agresor de Sabino. Siso y Mangiavacche seguían durmiendo.

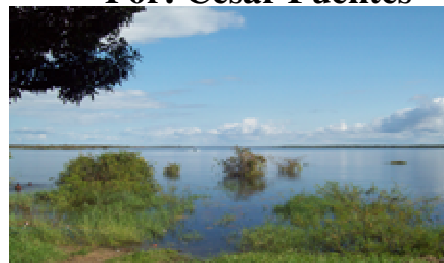
Tres de la mañana. El bar “Cinaruco” cerró sus puertas porque es la hora en que el alcohol provoca locuras. Sabino y las chicas se encaminaron a “Las Delicias”, lo último adonde se acude cuando ya no hay nada abierto, como al último círculo en el infierno de Dante. Estaba lleno, la onda de la estridente música chocaba contra las sólidas paredes, difundiendo un sonido insoportable. La gente gritaba para oírse o se hablaba al oído. Todos se confundían: depredadores sociales, mujeres alegres, músicos. Sabino y Maritza entraron agarrados de la mano, se dirigieron a la barra, después de unas cervezas comenzaron a bailar. La hora avanzó, el ambiente se enrareció y a continuación la violencia se presentó como producto de sacudidas corporales. Sabino y Maritza rodaron por el suelo junto con otros bailantes; mesas y sillas daban al traste, algunos salieron corriendo fuera del local, entre ellos Sabino. En medio del tumulto Maritza había desaparecido. Tiros, gritos y lamentos le anunciaron a Sabino que era hora de irse.

Cuatro de la mañana. Sabino tenía una cita con Gina a las nueve de la mañana. Gina había cuadrado todo con el “Chivú” para no trabajar ese día porque tenía compromisos personales. Pasarían el día juntos. Sabino se montó en el taxi y éste se desplazó en la noche fría por las calles solitarias, rumbo al muelle. El contacto de los neumáticos con la húmeda calle sonaba en un tono musical relajante. La noche se alejaba como el auto bajo una tenue lluvia. Pronto saldría el sol. Terminaba una noche bohemia.

DESAPARICIÓN EN SÚPIRO

Por: César Fuentes

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia



El sol baña el horizonte del Atabapo una mañana de verano de 1.971, sus aguas negras besan las blancas arenas de la playa que emergen de las profundidades, como alas blancas extendidas, para encontrarse con la serenidad del apacible San Fernando; pueblo y playa se abrazan una vez más después de un largo invierno. Al fondo, el Guaviare los observa eternamente de frente, antes de caer al legendario Orinoco cuyo recorrido es un poema de murmullo, selva y sabana; de pescadores indomables, de raudales bravíos y rocas como cabezas de gigante que asoman su cabellera negra y gris sobre la superficie de las aguas.

La tarde llega en el pueblo con el bullicio de la gente, sus tres populosos barrios: La Punta, Maracoa y la avenida La Planta, larga e infinita, son una algarabía de idiosincrasia y anécdotas; en la plaza, el samán cobija con su sombra a los bohemios, los niños corren, las bicicletas trazan siluetas; al fondo, en el bar “El Completo”, suena la música de moda: “amada amante”, “no tengo dinero”, “tanto deseo de ella”, “ella ya me olvidó”, rosa, rosa”, “mi gran noche”; en el puerto carga y descarga de bongos y lanchas de menor calado con el grito de marineros ansiosos de terminar rápido para arreglarse e irse de farra en un pueblo de farra.

Al llegar la tarde la playa combina su blancura con el colorido de la gente que bajan a bañarse, se oyen gritos de niños, voces alegres y frases que cuentan los últimos acontecimientos de la noche anterior. Se trazan cientos de huellas sobre la arena y entre estas huellas están la del teniente Manuel Antonio Sarmiento. Por primera vez desde su llegada a San Fernando disfruta de la playa, linda y hermosa ante sus ojos. En verano la playa es un hervidero de gente venidos de todas partes, sobre ella transcurren horas de diversión. Sirve de descanso en noches estrelladas para viajeros que prefieren el calor de su arena a una casa encerrada. Le ha tocado este paraíso desde que egresó de la academia. Su padre se opuso. Le dijo que esta era una tierra peligrosa e inhóspita y temía por su hijo; le dijo que hablaría por él para que lo destacaran a otro lugar, pero el joven teniente le respondió que su nueva profesión era la de obedecer a sus superiores y que el militar debía forjarse donde existía el peligro. Se despidió de su padre, quien le dio un abrazo, ambos brazos se tocaron los hombros y, elegantemente vestido, dio media vuelta y se marchó. Los ojos del padre lo miraron como el águila que observa al polluelo alzar vuelo para siempre, sus ojos lo siguieron hasta perderse en el bullicio de la ciudad.

Ahora estaba en San Fernando, un lugar lejano en el sur de Venezuela. Llegó una mañana en un vuelo desde Puerto Ayacucho. Al apearse del avión quiso caminar hasta el comando. Empezó el camino con sus acompañantes, mientras ojos curiosos lo seguían. Los atabapeños se informaron que un nuevo comandante de puesto había llegado. Guaricho desde su casa lo vio pasar, la familia Bueno y los Betancourt. Le echó una mirada a la iglesia, cruzó la plaza y llegó a su comando.

Los primeros días se sintió incomodo. Los recuerdos los invaden, la nostalgia de los años mozos, los amigos, las amigas, las fiestas, la ciudad, sus primeras citas sentimentales, sus proyectos juveniles. Está lejos, muy lejos. Sus compañeros de curso están como él dispersos por el país. A la par de sus funciones se pasea por el comando, ve pasar la gente, los viajeros llegar una y otra vez, da un paseo por el puerto posando su mirada por el Atabapo y el infinito Guaviare. En la noche se encierra en su cuarto a leer un libro o leer un periódico viejo con noticias atrasadas. En San Fernando no hay televisión, ni emisoras, no llega el periódico, tampoco cines. Sólo los curas pasan películas vaqueras cada quince días. A las seis de la tarde se prende la planta que le da luz al pueblo hasta las doce, a esa hora hacen su aparición las lámparas de kerosén, los faroles, las linternas; muchos ya duermen, sólo los enamorados secretos permanecen en la oscuridad y los bohemios noctámbulos a la luz de las estrellas, el silencio del pueblo lo interrumpen los ladridos de perros con el movimiento de sombras. En el día algunos tienen radios transistores y se entretienen oyendo a “Martín Valiente” o “Juan Centella”, o “El Gavilán”, por radio Rumbos o radio Continente. Otros, prefieren oír las ocurrencias de Don Nata, cuya fama recorre el pueblo de punta a punta; o la fama de “guaricho” con su “Que má te echo” (que má techo). A veces se mira en el espejo después de bañarse, su cara perfilada se coronaba con una cabellera ensortijada pegada al cuero cabelludo, sus mejillas un tanto alargadas rodeaban una nariz un poco plano. Se mira y piensa en el futuro, deseando que el tiempo se fuera volando para abandonar el pueblo “aburrido” de San Fernando.

Así fueron pasando los días. El joven teniente Manuel Antonio se fue acostumbrando, paseaba por el pueblo y poco a poco fue conociendo la gente y la gente a él. En su control a veces se excede, muchos se quejan de su maltrato. Otros incluso, elevan su protesta a Puerto Ayacucho. Así como se ganó el rencor de unos, también se hizo amigos de muchos, entre ellos de la familia Mariño en cuya casa comenzó a comer, acompañado de la hermosa Mireya, hija de la familia, considerada la más bella de San Fernando. Se compenetró tanto en el pueblo que incluso llegó a formar parte del cuerpo de profesores de la Escuela Granja. Y entre amigos y conocidos las semanas y los meses transcurrieron.

Llegó 1.972, la Conquista del Sur estaba en su máximo apogeo, aviones iban y venían; pueblos y comunidades recibían beneficios. Se construyó la ciudad de Cocuy en la frontera con Brasil, salió al aire la voz de CODESUR en Manapiare donde un locutor se volvió famoso con su “pinga de antena”, Santa Rosa de Amanadona en Río Negro y otras comunidades del Orinoco recibieron reses para la producción, se construyeron sedes y sitios de alojamiento, se dio impulso a la investigación hidrológica, misiones científica en

la botánica, flora y fauna se dieron citas en Amazonas. San Fernando veía llegar visitantes de todas partes y también inmigrantes que la eligieron como nueva patria. El joven teniente se adaptó, se le alejó la nostalgia y solo esperaba la notificación de su cambio. Pero se sentía feliz, tenía amigas y amigos con quien frecuentemente realizaba largos paseos. Era casi un miembro de la familia Mariño, doña Josefa lo apreciaba, siempre estaba pendiente de él y le guardaba su comida cuando éste no llegaba a la hora. La hermosa Mireya se volvió su gran amiga aunque las admiradoras de Manuel decían que era más que amiga. Aún así conseguía tener aventuras, es un joven apuesto, el modelo que las chicas observan en los suplementos y en las películas vaqueras que los curas pasan frecuentemente; y la vida transcurría al son de los devenires del momento. Los bohemios dan sus serenatas, se oyen las canciones de Sandro, Rafael, Los Ángeles Negros, Los Terrícolas, Punto Sur, Miramar; las fiestas, los carnavales, todo hace de San Fernando un pueblo de alegría. Le hace llegar a su familia que todo va bien, está en un pueblo encantador, conoce varias comunidades, ha probado la yucuta, la manaca, el ceje, practica deporte con los atabapeños. En fin, su padre se siente seguro al igual que su madre que hace vida aparte. Los quiere a los dos y los dos deben sentirse bien. Oye los cuentos, historias de San Fernando, un pueblo que parece pacifico pero que encierra todo un rosario de leyendas, dramas, violencia, intriga, asesinatos. Cada casa tiene su propia historia, en una de ella José Eustasio Rivera comenzó a escribir su “Vorágine”, en una de ella Funes se convirtió en un personaje inmortal, en muchas de ellas se fraguaron los crímenes contra gobernadores y comerciantes, cada árbol es testigo de inmortales sucesos, cada calle ha sentido los pasos que han dejado los que han escrito su historia, por sus calles siguen transcurriendo las leyendas. El teniente también sería una leyenda. Su paso por San Fernando se convertiría en leyenda.

Llega el invierno. La lluvia llena los caños, los afluentes, los grandes ríos crecen, las hiervas y la selva reverdece, las aves revolotean ante la abundante comida, al igual que los pescadores se regocijan ante la ribazón de peces. Es un viernes de junio, la noche está oscura y llueve. Después de una recorrida pasa por donde los Mariño saludando, se ha tomado unas cervezas pero aún mantiene la cordura y la conciencia. Se despide porque ya son las once de la noche. Llega a su habitación en el comando. Cuando se está desvistiendo para bañarse oye un sonido en el baño, como una campana doblando una sinfonía leve, momentánea. Se asoma. No ve nada. Nada se ha caído. No hay campanilla. Su cabeza ladea como acordándose de algo. Sí, recuerda. Pero, él no cree en eso. Le han contado muchas cosas. Pero él no cree. Un suceso lo dejó perplejo un día. En una de su recorrida llegó a Maracoa, un kurripaco acababa de atracar trayendo en su curiara cabezones, el teniente le decomisó la escopeta y le echó los cabezones al agua. El kurripaco le dijo que era la comida de sus hijos porque él no tenía trabajo, era lo único que sabía hacer: pescar. Con su pesca mantenía a sus hijos, comía y vendía para comprar lo necesario. El joven teniente no quiso oírlo. Era un simple indio, no le interesaba si comía o no. Se mostró sin piedad delante de mucha gente y delante de los hijos y la mujer del indio. Se sintió formado para no tener piedad. A él le inculcaron que no había que tener lastima con nadie. Si había que

repartir plan, se repartía plan. A muchos no le gustaron su actitud y ésta debatía con el soplar del viento; el agua negra besaba Maracoa oyendo la discusión, era un beso mortal, en el alma, en el cuerpo. El kurripaco de cara redonda y tez negra se estremeció. Dolorido por dentro. Envenenado por dentro. Impotente por dentro. Agachaba la cabeza y sus finos labios no encontraban palabras. Hacía esfuerzo para que sus lágrimas no salieran como la roca incapaz de contener el agua que se filtra. Se ruborizó su rostro como queriéndose transformar en rojo. Agarró sus canaletes y macundales de pesca, cabizbajo, lloroso, con pasos cortos caminó hacia su casa ante la mirada complacida del teniente. Fue aquí donde intervino la mujer del adolorido pescador. Hacía rato que observaba el incidente mientras, impaciente, se llevaba un tabarí a la boca. Su cara, un tanto aplanada, no mostraba la ira que tenía por dentro. Se acercó al teniente y le dijo: “Jamás volverás a tu tierra y esta será la última cosa que harás en tu vida”.

Entró al baño y abrió la regadera, el agua le caía haciéndole recordar momentos agradables y desagradables, entre ellas la del kurripaco pescador. Ya habían pasado días, el incidente estaba quedando atrás en el olvido como tantos otros en el tiempo. Le dijeron que la señora del pescador era bruja, sabía mañas y otras cosas. Aún así pensó que el tiempo borra todo.

El sábado amaneció soleado, sereno, alegre. Los niños correteaban por las calles y transeúntes se acercaban a la orilla del río a comprar pescado fresco de los nocturnales pescadores. La panadería de Don Chirinos ofrecía los panes recién horneados y el musió “Manito” ya había abierto las puertas de su almacén. Más allá, antes de encaminarse a Maracoa, en la curva, los Galletti abrían también las puertas de su negocio y el colegio salesiano recibía a los jóvenes que en su patio practicaban deportes. En el puerto el sonido de motores: voladoras y embarcaciones salían y llegaban. Es el principio del día cuando los espíritus descansados y cuerpos relajados se lanzan a la algarabía de la vida. Es sábado. Manuel tiene dos compromisos: cumplir con una clase en la escuela granja y un paseo a Súpiro con sus amigos. Se vistió deportivamente, dejó sus instrucciones y abandonó el comando. Llegó donde doña Josefa quien le guardaba plátano maduro asado, pidió que se lo guardara para más tarde. En la escuela confirmó con sus compañeros el paseo a Súpiro y a las diez de la mañana ya estaba listo para partir; regresó donde doña Josefa quien le dio un ligero desayuno. Mireya se negó a ir al paseo. Ella siempre iba, pero esta vez no sintió ganas o la duda de ir o no le daba vuelta en la cabeza. Al fin decidió quedarse.

El grupo partió en un viejo tractor con una zorra atrás, su alegría lo expresaban moviendo sus manos diciendo adiós a los transeúntes, recorrieron la calle larga del pueblo y llegaron a la entrada del destartado camino de tierra que conduce a Súpiro, la carretera no está en condiciones para vehículo pesado; es estrecho, donde desfilan arbustos, árboles, troncos secos podridos por el tiempo yacen a orillas del camino, en el suelo sirviendo de morada y guarida a los insectos; la abundante vegetación acompaña el camino hasta el final. El ruido del grupo ahoga el sonido de la selva. Pasan frente a la casa de bahareque de don Ramón Orozco y finalmente llegan a Súpiro. Súpiro es una ensenada donde el Orinoco choca

contra la orilla formando un remanso y, en la laja, que comienza a ser tragada por el invierno, se estrella dibujando remolinos; el agua pasa con ímpetu fabricando espumas que se pierden en la inmensidad del río. A lo lejos, el horizonte dibuja un paisaje verde, la otra orilla se pierde río arriba y río abajo. Las embarcaciones pasan surcando el Orinoco, se convierten en puntos negros en su lejanía dejando como huella el oleaje de su paso.

La caminata no fue tan larga. El ruido de la motobomba le dio la bienvenida, retumbaba en la selva como un monstruo oculto. Recogieron leñas para el sancocho de gallinas. Las mujeres se acercaron a la orilla del Orinoco a despresar las gallinas. Manuel queda en short, pero no se quita el armamento que siempre lleva en el cinto. Unos se lanzan al agua a nadar desafiando el indomable río, mientras Manuel toma un canaleta en medio de la algarabía, desata una pequeña curiara y entra en ella. No sabe remar bien. Se desatan risas y comentarios. La pequeña curiara da giros incontrolados. Mueve el canaleta pero la corriente comienza arrastrarlo, la alegría huye de su rostro, comienza a relucir en su interior el desespero, el estado de ánimo más mortal en el ser humano. Es como una carrera con la muerte, uno delante y ella detrás. Unas veces nos alcanza, otras veces no. Así estaba Manuel en su carrera por controlarse, por huir de la muerte; oye risas, comentarios y gritos. Su mente se llena de recuerdos, pasan volando en decimas de segundos como una película en cámara rápida. Es la muerte la que proyecta la película. Su tez palidece como si estuviera viendo una película de terror. En el movimiento de mano y canaleta también se sacude la curiara. Se desequilibra, entra el agua. Se aleja de la orilla. Se acerca al remolino. En la orilla sus compañeros ven lo inevitable. No sabe nadar. Él no oye sus recomendaciones, el desespero lo ha vuelto sordo. El sudor frío de la muerte sale a la superficie de su rostro pálido y en el último movimiento de su cuerpo la pequeña curiara zozobra envuelta por el remolino. Y así como Dante entró al infierno en el remolino de su sueño, así Manuel se hundió en el remolino. Sus brazos fueron los últimos que entraron como queriendo aferrarse a las cadenas de la vida, pero no la encontraron. Sus ojos se desorbitaron. Su boca tragaba agua, mientras las burbujas subían llevándose sus últimos suspiros. Sus pulmones estallaron. La última imagen que pasó por su nublada mente fue la de Atabapo, la de sus padres, la de Mireya, la de doña Josefa y su plátano asado, la de sus amigos gritando en la orilla, la de su último amor. Hasta que su corazón dejó de latir. Sus ojos se cerraron. Y, su cuerpo se hundió más, arrastrado por el río infinito.

La noticia llegó a San Fernando. Unos labios finos inhalaban un tabarí y el humo dibujaba en el aire. . . una sonrisa.



César Fuentes, es uno de los que conforman la gran pléyade de ríonegreros intelectuales que con su pluma trazan historias, leyendas, mitos y anécdotas de la selva intrépida; de la Amazonía verde y salvaje. Poeta, escritor, docente, columnista, Productor Radial Independiente; en los últimos años ha venido escribiendo para la revista “La Iglesia en Amazonas” cuentos y reseñas de personajes populares enriquecedores de la idiosincrasia de los pueblos. En 2007 fue ganador del I Concurso Intercontinental de Cuentos, Mitos y Leyendas de la Asociación Latinoamericana de Educación Radial.

